

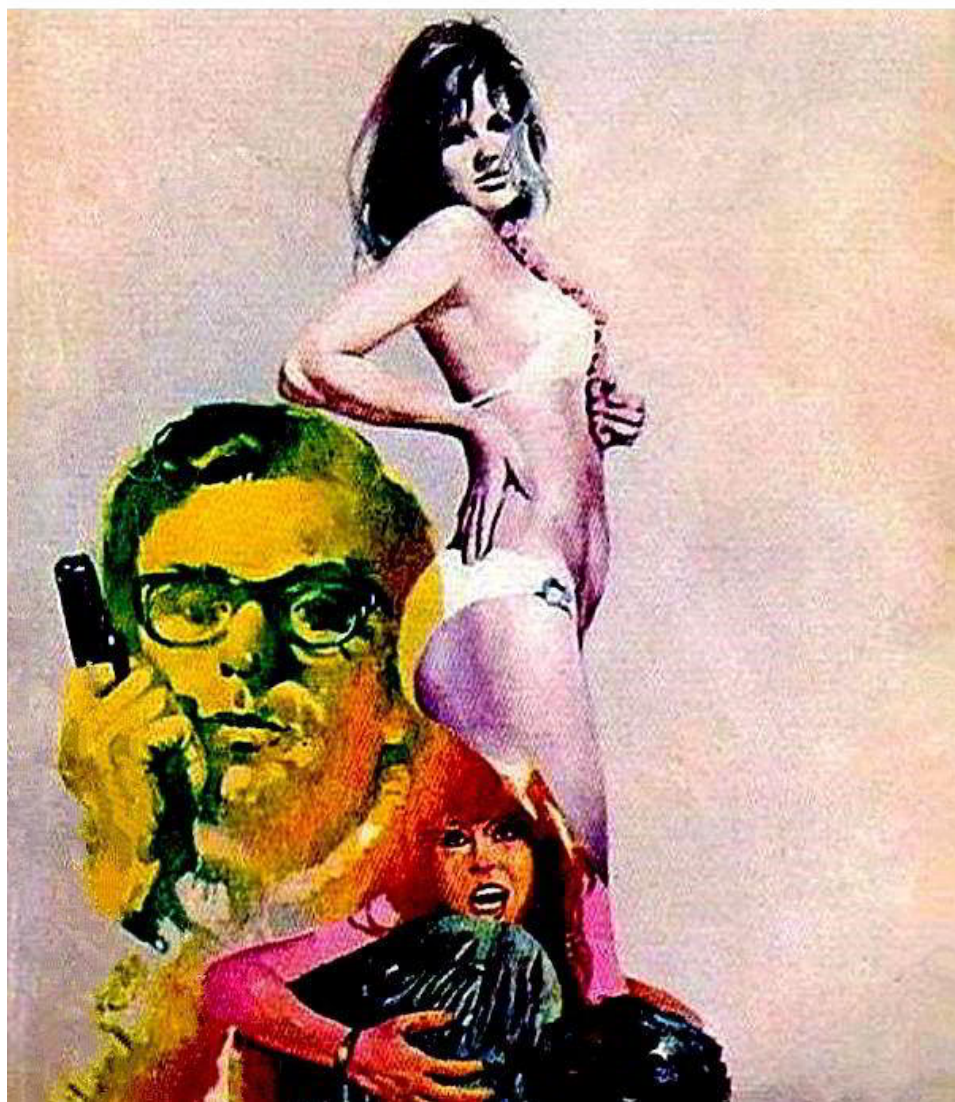
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la cita de los muertos

burton hare



Fué una endiablada concatenación de circunstancias capaz de hacer polvo todas las leyes de la probabilidad, una sucesión de casualidades tan asombrosa que en la vida de una generación quizá no se diera nunca más.

El destino quiso que se diera entonces, en aquellos precisos momentos. No antes ni después. Justamente cuando debía darse.

Y, cuando el destino decide jugar con las vidas de los hombres, hay que ponerse a temblar.

Era el día en que Anthony Carella había quedado cesante. Voluntariamente, y con no pocas dificultades, pero cesante al fin y al cabo.



Burton Hare

La cita de los muertos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1384

ePub r1.1

Lds 23.11.18

Título original: *La cita de los muertos*

Burton Hare, 1977

Ilustraciones: Macabich

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Fué una endiablada concatenación de circunstancias capaz de hacer polvo todas las leyes de la probabilidad, una sucesión de casualidades tan asombrosa que en la vida de una generación quizá no se diera nunca más.

El destino quiso que se diera entonces, en aquellos precisos momentos. No antes ni después. Justamente cuando debía darse.

Y, cuando el destino decide jugar con las vidas de los hombres, hay que ponerse a temblar.

Era el día en que Anthony Carella había quedado cesante. Voluntariamente, y con no pocas dificultades, pero cesante al fin y al cabo.

Había entregado muchos años de su vida a aquel trabajo. Al principio con entusiasmo, orgulloso de hacerlo porque íntimamente colmaba todas sus ansias de aventura, y por añadidura al servicio de su patria.

Después, el entusiasmo se enfrió paulatinamente. Ya no se sintió orgulloso. Pero aún continuó porque había prestado un juramento, porque era su deber y porque, pensándolo bien, no sabía hacer otra cosa.

Luego, descubrió que no trabajaba exactamente para su patria, en el estricto sentido de la palabra. Ciertamente que en todas las ocasiones «parecía» que realmente era para el país por quien arriesgaba la vida. La mayoría de sus camaradas lo aceptaban así.

El, no. Él estaba acostumbrado a pensar por su cuenta.

Ese descubrimiento fue como un mazazo que hiciera astillas el frágil castillo en que se asentaba toda su escala de valores.

Y lo mandó al infierno.

De modo que estaba cesante.

Ésa fue la primera de las circunstancias que se aliaron para producir después el estallido.

La segunda, fue aquel bar pequeño, alumbrado discretamente, de aspecto comfortable.

Apareció en su camino como puesto allí por el destino.

Carella entró y fue a sentarse en uno de los diminutos cubículos que con un poco de imaginación podían tomarse por reservados.

Encargó un *whisky* con hielo y le sirvió una bonita camarera. La camarera ya no prestaba demasiada atención a los hombres que entraban a beber. Los había conocido de todos los tamaños, generalmente con las manos demasiado largas.

Pero se fijó en Carella porque éste no la miró siquiera, no intentó sonreírle, no alargó la mano para pellizcarle las nalgas ni hizo ninguno de los gestos procaces de la mayoría de tipos solitarios que aparecían en esas horas.

Le llamó la atención aquel hombre alto, fuerte, de poderosa apariencia, y que no obstante parecía tan sombrío como un día de tormenta, tan desamparado como un niño en un bosque.

Carella probó el *whisky*. Era de buena calidad y se recostó en el asiento, encendió un cigarrillo y decidió que la ocasión requería una buena borrachera.

Lo celebraría de ese modo.

Pidió otro *whisky*, y luego otro y otro más. La camarera empezó a preocuparse.

La tercera casualidad tuvo su inicio lejos de allí. Sin embargo, enlazó con las otras en el bar.

Empezó cuando el hombre del bigote cometió una torpeza y la muchacha de larga cabellera negra descubrió que la seguía.

Intentó despistarlo. Al principio no sintió miedo. Los hombres suelen seguir de vez en cuando a muchachas hermosas por la calle. Y aquélla lo era a rabiar. Su cuerpo al caminar ofrecía un suave balanceo de caderas, de cintura, de piernas perfectas y ágiles que atraía las miradas.

Las atraía también por sus agresivos pechos, por el gran escote, por el bellissimo rostro un tanto exótico debido a sus altos pómulos y a sus ojos rasgados y tan negros como el cabello.

Pero aquel hombre era distinto. Por algún extraño presentimiento ella supo que no era un conquistador de acera. Era

algo distinto, siniestro y letal.

No pudo despegarlo de sus talones. Entonces vio aquel bar y entró. Se detuvo un momento en la puerta, su fantástica silueta recortada contra la irreal claridad del crepúsculo. Luego avanzó y encaramándose en un taburete pidió un refresco.

Desde donde estaba sentado, Carella podía verla de perfil, y era un perfil tan increíblemente bello que habría dejado sin aliento a cualquiera.

El la miró distraídamente porque los vapores del alcohol comenzaban a flotar en torno a su cerebro. Alguna pequeña celda de su mente registró mecánicamente la imagen como algo bello y atractivo, pero nada más.

Bebió otro trago. Advirtió que alguien más entraba en el bar. Un tipo alto, con bigote.

La celdilla del cerebro que había registrado la hermosa imagen de muchacha morena debió resquebrarse en un momento determinado y aquella imagen cayó en los complicados engranajes de la memoria, fue triturada por ellos, desmenuzada y arrojada al fin al pozo del subconsciente.

Allí se detuvo.

Carella terminó de vaciar el vaso y llamó a la camarera con un gesto. La muchacha murmuró:

—Si quiere caer redondo bajo la mesa le dejaré la botella, amigo. ¿No cree que ya tiene bastante?

—Hermana, cuando me hunda ya encontraré un asidero...

Tomó el nuevo vaso. Empezaba a beber cuando su subconsciente registró al fin la imagen recibida y él se quedó inmóvil, sin aliento.

Dejó el vaso poco a poco sobre la mesa. Luego, como resistiéndose, dirigió su turbia mirada a la muchacha sentada en aquel taburete.

Realmente, era tan hermosa que uno dudaba en creer que fuera real. Pero no era ése el problema que le había dejado boquiabierto.

Lo que le había dejado petrificado era el hecho de que aquella chica no debiera haber estado allí.

No podía estar allí.

PORQUE ESTABA MUERTA.

Cerró los ojos, asustado. Asustado porque aun sin estar completamente borracho empezaba a ver fantasmas.

Volvió a mirarla. Era ella.

La muerta.

No le cupo la menor duda. Recordaba ahora aquel rostro, aquel perfil de diosa pagana, hecho para encender salvajes pasiones y tempestades de deseos.

Ella estaba muerta.

Tony Carella respiró hondo tratando de serenarse. Intentó calcular cuántos vasos había vaciado hasta entonces y no le pareció que fueran tantos como para ver aparecidos.

Llamó a la camarera. La chica se le acercó arrugando el ceño. Vio que aún le quedaba *whisky* en el vaso y refunfuñó:

—¿Qué le pasa, quiere beber directamente de la botella ahora?

—Tranquila... ¿Conoces a esa mujer, la del mostrador?

—¿Ésa? No. Nunca había estado aquí.

—¿Seguro?

—Claro.

—Tampoco debería estar aquí ahora... ¿Sabes, linda?

—Bien, por mí...

El sacudió la cabeza.

—Está... muerta. Yo asistí a su cremación.

—¡Jesús! Está usted peor de lo que imaginaba. No debió beber tanto.

—No estoy borracho. Bueno, no del todo por lo menos. Y está muerta.

Se levantó. Por un instante sus piernas acusaron el peso del cuerpo y luego se afianzaron.

En aquel instante, la muchacha saltó del taburete y plantándose junto al hombre del bigote exclamó, colérica:

—¡Deje de seguirme! ¿Lo oye? ¡Déjeme en paz o llamaré a la policía!

—¿Seguirla? —replicó el aludido—. Está usted chiflada. Yo no la sigo... en absoluto.

—Hace más de una hora que viene detrás de mí. ¡Déjeme en paz!

El hombre del bigote sacudió la cabeza como si estuviera realmente apenado.

—No cabe duda que está mal de la azotea —dijo despectivamente. Tony Carella llegó junto a la pareja y barbotó:

—Si dice ella que la sigue es que la sigue...

—Váyase a dormir, estúpido.

Cuando hablaba, el bigote se le movía de un modo cómico. Le daba aspecto de foca. Carella esbozó una mueca.

—Va a dejarla en paz —dijo—. O se las entenderá conmigo.

—Ya tiemblo —rió el otro.

Tony miró a la muchacha morena. Vista de cerca, cara a cara, su belleza daba vértigo. Y era ella.

La muerta.

—No te preocupes... no volverá a molestarte, María. Ella dio un respingo.

—¿Se dirige a mí?

—Claro...

El tipo del bigote saltó del taburete. Disparó la mano derecha y atrapó a Carella por las solapas, zarandeándole.

—Debería hacerte saltar los dientes... lo haría con mucho gusto, pero no eres más que un sucio borracho.

—Vaya. Acabas de hacer un gran descubrimiento.

Borracho o no, había aprendido un oficio muy duro a lo largo de muchos años. Disparó la mano derecha, que describió un extraño ángulo y pegó en el hombro del bigotudo.

Éste dio un grito y saltó hacia atrás, rugiendo. El brazo le cayó, inerte. Todos sus intentos de moverlo resultaron inútiles.

Apenas podía creerlo.

Miró a su adversario echando chispas.

Lo vio vacilando levemente sobre los pies. Un borracho, ni más ni menos.

Hundió la mano izquierda en su bolsillo, contorsionándose para alcanzar lo que buscaba. Cuando sacó la mano sonó un seco chasquido y la brillante hoja de acero de un cuchillo automático saltó como la lengua de una serpiente.

—Te la ganaste —barbotó loco de ira—. Voy a dejarte la piel hecha tiras...

Alguien gritó. La camarera se precipitó hacia el teléfono. Los clientes más próximos trotaron hacia la puerta. Nadie quería estar cerca de aquella fiesta de cuchillo.

Tony retrocedió paso a paso a medida que el otro avanzaba. Los vapores del alcohol se esfumaban velozmente ante el peligro al que se enfrentaba.

El bigotudo trazó una finta con el cuchillo. Tony saltó de costado y esquivó con facilidad.

—Así que no estás tan borracho después de todo...

—No mucho.

Se apoyó en un taburete, no obstante. El otro tensó los músculos, se fijó en un lugar del cuerpo de su enemigo donde quería hundir el acero y saltó.

Fue todo visto y no visto, una secuencia absurda, increíble. Nadie dudó de que el cuchillo iba a desgarrar al borracho lo mismo que a una res.

Casi lo hizo.

Tony volteó el taburete y lo impulsó con todo su ímpetu.

El taburete golpeó el costado desguarnecido del cuchillero y se hizo astillas. Pareció como si explotara.

Algo más debió astillarse, porque el hombre del bigote dio tal alarido que las lámparas vibraron. Luego se desplomó como herido por un rayo.

Tony retrocedió, trastabillando. Realmente, las piernas amenazaban con fallarle.

—Ya no la perseguirá... ¡Eh! ¿Dónde está?

Miró en torno. La muchacha morena había desaparecido.

—No es posible... tiene que estar aquí...

Corrió a trompicones hacia la puerta. Miró arriba y abajo de la calle.

No la vio, y además las sombras que empezaban a señorear en las calles limitaban mucho la visibilidad.

Volvió al bar. El cuchillero había perdido el conocimiento y su respiración brotaba entrecortada y silbante de entre sus fauces abiertas.

La camarera le sujetó del brazo.

—Seis dólares y noventa centavos, amiguito —dijo. El sacó unos billetes y pagó.

Ella dijo:

—He llamado a la policía. Si se va diré que yo no pude retenerle.

—El me atacó con un cuchillo. Oye, ¿viste bien a la chica que estaba aquí?

—Sí... usted dijo algo idiota sobre ella. Hubo de recostarse en la barra.

—Volveré... quiero que veas algo. Sólo para evitar que me vuelva loco. ¿Sí?

—Váyase.

Se dirigió a la puerta y echó a andar acera abajo.

Ahora, su mente era un torbellino en plena acción. Barajaba recuerdos e imágenes con absoluta claridad. Todo volvía a vivir en su memoria, y cuanto más avanzaba en ese ejercicio más seguro estaba de que, o empezaba a volverse loco, o había visto visiones, o los muertos eran capaces de volver del más allá después de haber sido incinerados y sus cenizas aventadas sobre el mar.

Se fue caminando como un sonámbulo y cuando llegó a su apartamento ya no sabía cierto si estaba borracho o no. Apenas recordaba otra cosa que no fuera la bellísima imagen de la mujer muerta.

CAPÍTULO II

A la tarde siguiente, Tony Carella se detuvo ante el bar, asegurándose de que era aquél y no otro el escenario del increíble episodio del día anterior.

Espesas nubes se amontonaban sobre la ciudad oscureciendo prematuramente la tarde. Carella había dudado de que encontrase el bar en cuestión porque apenas recordaba la calle.

Ahora que lo había encontrado suspiró con alivio y entró.

La misma camarera atendía el servicio y le reconoció en cuanto hubo entrado.

—¡Caramba, el héroe! —exclamó la chica, parándose ante él.

—Hola. Pensé que no volvería a verte.

—¿Por qué?

—No estaba seguro que lo sucedido fuera algo más que una pesadilla producida por el *whisky*.

—¡Hermano, una pesadilla! Le rompió la mitad de las costillas al tipo del bigote. Alguna se le incrustó incluso en un pulmón y estaba muy mal cuando se lo llevaron con una ambulancia.

Tony tomó asiento en el mismo reservado de la tarde anterior. La camarera preguntó:

—¿*Whisky*?

—Sí, gracias. Con hielo.

Esperó a que le sirviera, y cuando ella estuvo de nuevo a su lado sacó un recorte de periódico del bolsillo y desplegándolo le preguntó:

—¿Era ésta la mujer que estuvo aquí ayer? La joven dio un vistazo a la fotografía.

No lo dudó ni un segundo.

—Sí, seguro que era ésta.

—¿No te queda ninguna duda?

—Ni la más mínima. Además, puedo asegurarlo porque he vuelto a verla esta mañana. El dio un respingo.

—¿Dónde?

—Aquí. Volvió para preguntar si le conocíamos a usted. Oiga, amigo, ¿quién es ella? Si publicaron su fotografía los periódicos debe ser alguien.

—Ya no es nadie. Murió, te lo dije ayer.

—No empiece otra vez, ahora no está borracho. Mire, ella estaba interesada en verle. Como le dije que no le conocía, me pidió que si alguna vez usted aparecía de nuevo me dejara su teléfono, o sus señas. Vendrá de vez en cuando para enterarse de ello.

—Todo esto es absurdo. Yo sé que murió. Vi cómo la incineraban y después, cumpliendo sus deseos, sus cenizas fueron aventadas sobre el mar.

—Puede tratarse de una hermana gemela.

—No tenía hermanas. No tenía más que un padre viejo, casi paralítico. Lo comprobé. Fue parte de mi trabajo comprobarlo.

—Entonces ha resucitado, ¿eh? —cacareó la chica con sarcasmo.

—No sé qué ha sucedido... ojalá lo supiera. No puedo quitarme eso de la cabeza desde que la vi ayer.

Ella volvió a dar un vistazo a la fotografía que él había dejado sobre la mesa.

—Es la misma mujer —repitió—. Con algún año más encima, pero la misma. Él se echó atrás en el reducido diván.

—Me ha llevado horas encontrar esta foto en los archivos del periódico... Estuve a punto de abandonar porque cuando desperté pensé que todo era fruto de una pesadilla de borracho, que no la había visto a ella en realidad. Ahora ya no me cabe duda... y es la cosa más absurda y terrible que me ha sucedido nunca.

—Entonces, ese parecido confirma la opinión de que todos tenemos nuestro doble en alguna parte.

El sacudió la cabeza. Atrapó el vaso y bebió casi todo el contenido de un trago.

—No lo creo. Era ella... María Acevedo.

—¿Española?

—Sudamericana.

—Bueno, puede dejarme su dirección y si ella vuelve yo se la

daré. Entonces podrá salir usted de dudas.

—De acuerdo. Te daré mi teléfono. En cuanto a mi dirección, de momento, lo dejaremos correr. ¿Qué dijo la policía sobre el tipo del bigote?

—No les cayó simpático cuando supieron lo del cuchillo. Les conté todo lo que había pasado. Ellos también querían saber quién era usted pero lo olvidaron pronto. El del bigote se llamaba Granvy. Lo supe cuando ellos examinaron su documentación.

—Jamás lo había oído nombrar...

Tony anotó su teléfono en un pedazo de papel y se lo entregó a la muchacha.

—Dáselo si vuelve. ¿A qué hospital pensaban llevar a ese Granvy?

—Al Memorial.

—Quizá... Bien, olvídelo.

Pagó el *whisky*, dejó un dólar como recompensa a la chica y abandonó el bar.

Había oscurecido y ráfagas de viento húmedo presagiaban tormenta. Las nubes negras flotaban cada vez más bajas.

Anduvo un trecho pensando en la misteriosa mujer que había surgido de pronto como la llegada del mundo de los muertos.

Evocó todo aquel episodio vivido hacía más de dos años. En realidad, había sido quizá una de las más poderosas razones que influyeron en su determinación de abandonar aquel trabajo infame.

Y ahora volvía a revivir de un modo increíble.

Al fin tomó un taxi y se hizo conducir al Memorial Hospital.

Brillaban las luces entre girones de humedad cuando el taxi le dejó delante de la entrada. Había una enfermera de cara caballuna detrás de una mesa, en el vestíbulo. Un rótulo en letras doradas sobre fondo negro rezaba:

INFORMACION

—¿Qué puedo hacer por usted? —Gruñó la enfermera distraídamente.

—Ayer noche ingresaron a un individuo llamado Granvy. Traumatismo, supongo. Tenía algunas costillas rotas.

—¿Y...?

—Quisiera verle y enterarme de su estado.

—A estas horas no están permitidas las visitas. Pero podrá informarse de su estado...

Un momento, por favor.

Pasó las hojas de un gran libraco. Al fin se detuvo en una de ellas y recorrió una columna de nombres con la punta de su uña manicurada.

—Aquí está... No va a enterarse usted de nada concreto, señor. El paciente abandonó el hospital este mediodía.

—Entonces no debía ser tan grave como yo pensaba.

—Puede preguntárselo al doctor Fitch si tiene interés en ello.

—Tengo interés, ciertamente.

—Bien, siga ese pasillo. Verá el nombre del doctor Fitch sobre la última puerta de la izquierda.

—Gracias.

Recorrió el largo pasillo hasta la puerta en cuestión. Llamó y entró casi al mismo tiempo.

Un hombre delgado, canoso, le miró a través de unas gruesas gafas.

—Pase y siéntese —dijo el médico—. No tiene usted aspecto de estar enfermo.

—No me duele más que la conciencia, doctor.

—Eso estuvo bien —rió Fitch—. Pero no puedo curarle la conciencia.

—Pero puede aliviármela hablándome del paciente que tuvo usted llamado Granvy. El de las costillas rotas.

—Oh, ése... Estaba chiflado, créame. Tenía cuatro costillas hechas pedazos. Uno de esos pedazos le presionaba el pulmón... Bueno, se largó antes de que pudiésemos hacer mucho por él.

—Dejaría sus señas por lo menos.

—Claro. ¿Quiere usted encontrarle?

—Así es.

—Nunca había tenido un caso tan absurdo como ése...

Examinó unas notas y finalmente escribió algo en un pedazo de papel.

—Ésta es su dirección. ¿Por qué quiere usted encontrarle?

—Para pedirle disculpas. Yo fui quien le rompió las costillas, ¿sabe, doctor? Carella se escabulló antes que el asombrado médico atinara a replicar.

Una vez fuera del hospital dio un vistazo al papel. Las señas anotadas correspondían a una calle del centro. Un taxi le trasladó allí en pocos minutos.

Era una calle desierta, poblada de tiendas y comercios cerrados ya a esas horas. Algunas luces brillaban en sendas ventanas a media altura. Las casas no debían ser muy altas, aunque era imposible saberlo con la escasa luz.

Comenzó a llover en el momento en que Tony Carella entraba en la casa que buscaba.

Sabía que el tal Granvy no había podido dar una dirección falsa, porque en el hospital habrían visto sus documentos. De modo que debía estar allí, en el segundo piso.

Se detuvo ante la puerta y escuchó. No oyó nada al otro lado. Llamó al timbre y esperó en vano.

Dos minutos y las mañas aprendidas en su trabajo le franquearon la entrada. Quería saber qué relación había entre Granvy y la mujer aparecida. Quizá a través de él pudiera encontrarla...

Cerró con cuidado antes de tantear la pared en busca de la llave de la luz. Cuando la encontró, una lámpara de techo brilló mostrando un pequeño vestíbulo y una cortina que impedía la visión del resto del apartamento.

Apartó la cortina y avanzó encendiendo la luz.

El bigotudo yacía hecho un ovillo en el centro de la estancia. A juzgar por la sangre que había inundado el suelo no debía quedar ni una gota en aquel cuerpo inerte.

—Amigo, hubieras salido ganando quedándote en el hospital —rezongó Tony mientras examinaba el cadáver.

Le habían acuchillado por la espalda. Parecía ser la muerte más justa para quien era también un cuchillero.

Tony se apartó de él y miró en torno. No había el menor desorden en todo lo que le rodeaba, lo que demostraba que no hubo lucha alguna. El asesino pudo aproximarse a su víctima sin que ésta recelara...

Se dirigió a otra puerta. Ya que estaba allí aprovecharía para dar un vistazo a cuanto tuviera a mano. Uno nunca sabe las sorpresas que pueden salirle al paso en un caso semejante.

Realmente, se llevó otra impresionante sorpresa. Mucho más

terrible que la anterior, porque en este segundo hecho el destino jugó otra baza.

La sorpresa fue otro cadáver.

El de un hombre viejo, con abundantes cabellos blancos. Estaba firmemente sujeto a una silla y amordazado. También le habían acuchillado.

Pero no fue esa segunda muerte lo terrible de aquella pesadilla sangrienta.

Lo verdaderamente horrendo era que ese viejo estaba muerto, sí, pero muerto dos años atrás.

Muerto e incinerado.

Era como si hubiera salido del reino de la muerte para hacerse matar por segunda vez de una manera sucia y vil.

CAPÍTULO III

Completamente desconcertado, Tony Carella encendió un cigarrillo sin apartar la mirada de aquel cadáver que en buena lógica no podía estar allí.

Porque había sido incinerado dos años atrás.

—Y ahora no estoy borracho —rezongó entre dientes.

Fumó en silencio, con la mente convertida en un torbellino incesante. Nada de lo que estaba viviendo tenía el menor sentido. Los muertos no resucitan, por lo menos, fuera de la Biblia.

Y este que tenía ante los ojos parecía haberlo hecho, sólo para morir otra vez bajo el ataque de un cuchillero.

Volvió atrás, hacia donde yacía Granvy. Tampoco éste tenía un aspecto agradable, con toda la sangre alrededor, y las tremendas heridas desgarrándole la espalda.

Aunque sin esperanza alguna registró sus bolsillos. No quedaba en ellos ni la documentación. El asesino debía habérselo llevado todo.

Pero no parecía haber registrado el apartamento porque estaba todo en relativo orden, tal como debía conservarlo el inquilino.

Así que se ocupó de ese trabajo. Había aprendido a registrar una casa sin apenas dejar rastros de su paso y esta vez repitió sus habilidades, aunque poniendo menos cuidado que en otras ocasiones.

Realmente ignoraba qué esperaba encontrar. No había nada concreto que buscar porque ignoraba todo en absoluto de aquel misterio capaz de volver loco a cualquiera menos adiestrado que él para encajar cualquier tipo de imprevisto.

Sin embargo, por una vez, la suerte le sonrió. Fue entre las páginas de un libro que halló un recorte de periódico viejo. Era muy

parecido al que él mismo había obtenido con la información de la ceremonia de cremación del cadáver de María Acevedo. La fotografía de la bellísima muchacha adornaba el reportaje, y su fecha era la correcta, dos años antes.

Junto al recorte había otra fotografía tamaño postal de otra mujer cuya belleza, aunque más sofisticada, no tenía nada que envidiar a la de María.

Era una joven de ojos claros y largos cabellos rubios. Parecía mirar a la cámara con cierta condescendencia, como si estuviera haciéndole un favor al desconocido fotógrafo dejándose retratar.

Carella dio vuelta a la foto y descubrió la anotación escrita en el dorso con bolígrafo. La letra era torpe y desigual:

NIKI FRANCINO.
Hill Road, 271.

Más abajo, otra mano un poco más hábil había escrito:

DESCARTADA.

Tony se embolsó la fotografía y el recorte. Luego terminó el registro del apartamento sin encontrar otra cosa que pudiera tener algún interés y regresó al lado del cadáver del anciano amarrado a la silla.

También éste tenía los bolsillos completamente limpios.

Le dio un último vistazo apreciativo, aún incrédulo, y se dispuso a abandonar el apartamento.

Justo cuando llegaba a la puerta el teléfono empezó a sonar.

Titubeó unos instantes. Al fin, protegiéndose la mano con un pañuelo, descolgó el auricular y gruñó:

—¡Hable!

—Al menos le encuentro ahora, Granvy. Llamé varias veces antes...

—Había salido —rezongó entre dientes para disimular la voz.

—Estoy dispuesto a cerrar el trato. Sólo usted y yo... Pero no quiero hacerlo del modo que me propuso, sería demasiado arriesgado.

—¿Entonces...?

—Un accidente. Así es como lo haremos.

—No lo entiendo.

—Cuando las cajas estén a bordo. ¿Es que su torpeza llega al extremo de no comprenderlo aún? Tan pronto salgamos del puerto, el *Carolina* sufrirá un accidente y se hundirá. Recuperar el cargamento será lo más fácil del mundo.

—Yo no lo veo tan fácil —gruñó, tratando de que el otro fuera más explícito.

—Soy yo quien tiene que decidirlo y lo haremos así. Pero cuídese de que los otros no sospechen... si comete cualquier indiscreción usted será el primero en pagar las consecuencias. Sus jefes le cortarían en pedazos si supieran que se la está jugando.

—Me cuidaré. ¿Cuándo nos vemos? El otro soltó un rotundo juramento.

—¿Vernos? —barbotó—. ¡Está loco, maldita sea! Ya le advertí que no quería que pudieran vernos juntos. Oiga, Granvy, ¿qué pasa con usted? Parece idiota.

—Estoy preocupado.

—Tiene motivos.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Un cargamento. Y un barco llamado *Carolina*, que sufriría un accidente. Para hundir un barco debía tratarse de algo muy importante.

Carella colgó a su vez y al fin abandonó el apartamento.

No comprendía nada de aquella suerte de jeroglíficos. Ni le importaba demasiado comprenderlo de cualquier modo. Si no hubiera existido el misterio de los muertos devueltos a la vida por algún extraño fenómeno, hubiera olvidado todo el condenado embrollo para dedicarse a recomponer su vida. Debía empezar de nuevo de un modo u otro.

Pero estaba la hermosa María Acevedo, y el anciano apuñalado cuando estaba firmemente sujeto a la silla.

Pensó que otras veces había iniciado otros casos con mucho menos dónde agarrarse al empezar. Seguiría adelante.

El apartamento era pequeño, situado en la cumbre de uno de esos nuevos colosos de acero y cristal que trataban de convertir la ciudad en un remedo de Nueva York, estropeándola lamentablemente.

Tenía la ventaja de poseer una amplia terraza en la que daba el sol, y desde la cual se gozaba de una increíble panorámica de la bahía y el mar.

Cuando la niebla lo permitía, naturalmente.

Esa noche, el mundo parecía terminarse más allá de la balaustrada. La niebla había reemplazado a la lluvia y todo allá fuera era una masa gris tan compacta como el cemento.

Tony Carella le dio un disgustado vistazo antes de prepararse una bebida. Conectó el sistema de música ambiental y hundiéndose en un diván trató de reflexionar con calma sobre todo lo sucedido hasta entonces.

No tuvo mucho éxito, por la sencilla razón de que la parte principal de todo el asunto era increíble, no podía tener explicación alguna por descabellada que fuera.

Los muertos no regresan, ésa era la única verdad a la que podía agarrarse. Y no le servía de mucho.

El teléfono repicó mezclándose con la música suave que flotaba en el aire. Lo descolgó y dijo:

—Aquí Carella, hable.

—La camarera me dio su teléfono, señor Carella. Dio un salto, enderezándose.

—¡Usted! —musitó excitado—. ¿Dónde puedo verla?

—No creo que debamos volver a vemos usted y yo. Le estoy muy reconocida por lo que hizo por mí, desde luego, y quería agradecerse personalmente. Se arriesgó mucho.

—¡Pero yo sí necesito verla de nuevo!

—Eso no conducirá a nada práctico, se lo aseguro.

—Necesito verla, hablarle, saber... Hay momentos en que temo volverme loco desde que la vi.

—Deje de preocuparse. Y gracias otra vez.

—¡Espere, no cuelgue! Usted fue un viejo sueño que de pronto cobró vida ante mí. Creí ver un fantasma y aún no comprendo nada de lo que concierne a su reaparición. Pero es que ahora hay algo más, María.

—Yo no me llamo así. Comprendí ayer que me confundía con alguien...

—¡Usted es María Acevedo!

—Jamás había oído ese nombre antes de ahora, créame.

—¿Y el de Enrique Acevedo, tampoco?

—En absoluto.

—Está burlándose de mí, pero no importa. Dígame dónde podría verla otra vez. No creo que eso sea pedir demasiado después de que arriesgué el pellejo por usted.

—No, lo lamento, pero...

—¿Sabe que el cuchillero ha muerto? —le espetó tratando de retenerla.

—¿Quién?

—El hombre del bigote. Granvy.

—¿Está muerto quiere decir?

—Exacto. Le han apuñalado.

—¡Oh!

—Y también a...

Sonó un chasquido. El gritó:

—¡También a Enrique Acevedo, a su padre...! Pero ella ya había colgado.

Perplejo y desconcertado hasta el delirio, Carella depositó el auricular en el soporte y se tendió en el diván intentando poner orden en el caos que era su mente.

Cuando se levantó no lo había conseguido, pero estaba más resuelto que nunca a llegar hasta el fondo del siniestro misterio.

CAPÍTULO IV

Hill Road, 271.

Carella contempló la oscura fachada del edificio de cuatro plantas. Había luz en varias ventanas, y también estaba iluminado el amplio vestíbulo por el que un aburrido conserje se paseaba de un lado a otro.

Sentado en el coche, al otro lado de la calle, Tony esperó pacientemente. También a esperar había debido habituarse en su trabajo. Muchas horas de su vida se habían esfumado aguardando algo o a alguien.

Esta vez esperó a que el portero nocturno decidiera beber un trago, o esfumarse de un modo u otro.

Eso no ocurrió hasta casi treinta minutos más tarde, cuando el hombre se dirigió al fondo del vestíbulo, abrió una puerta y desapareció.

Carella entró rápidamente y subió por las escaleras hasta el apartamento de la mujer llamada Niki Francino.

Llamó suavemente y hubo de esperar un buen rato hasta que alguien exclamó, al otro lado de la puerta:

—¿Qué pasa, quién está ahí?

—Necesito hablarle, Niki. Es importante.

—A estas horas no hay nada tan importante como para hacerme abrir esta puerta.

—¿Ni siquiera el riesgo de verse mezclada en un par de asesinatos?

—¿De qué está hablando?

—No le interesa que los vecinos oigan lo que tengo que decirle.

Hubo un silencio. Luego, la puerta se abrió todo lo que permitía la cadena de seguridad. Una cara increíblemente hermosa le

observó por la abertura. Era la misma que viera en la fotografía, aunque al natural parecía aún más bella y sugestiva.

—¿Quién demonios es usted? —indagó la muchacha.

—Me llamo Carella. Y necesito hablarle.

—De un par de asesinatos según dijo, ¿eh?

—Ni más ni menos.

—Dígame, qué tiene que ver eso conmigo.

—Cuando abra esa puerta. No quiero tener más audiencia que usted.

Ella titubeó. La seguridad con que él hablaba, la firmeza de aquel rostro sombrío, o quizá la serena y recta mirada de él la convencieron.

Cerró la puerta para retirar la cadena y le dejó el paso libre. Tony miró en torno mientras ella volvía a cerrar. Luego dijo:

—Tiene un bonito apartamento.

—Al grano, amigo.

—Sí... Voy a mencionar algunos nombres. Trate de recordar si alguna vez los oyó antes.

¿Entiende?

—Perfectamente.

—María Acevedo.

Ella arrugó el ceño, sosteniendo su mirada.

—Lo he oído alguna vez —murmuró—. Pero maldito si recuerdo cuándo y dónde...

—Probemos con otro. Enrique Acevedo.

—Lo mismo. También me suena... pero no sé de qué.

—¿Y el nombre de Granvy?

—Oh... ése...

—¿Le conoce?

—No me enorgullece decir que sí. Es un mal sujeto.

Tony se dejó caer en una butaca sin que ella le hubiera ofrecido asiento. La muchacha no parecía dispuesta a prolongar la entrevista más allá de lo imprescindible.

—Cuénteme cómo le conocí. A Granvy quiero decir, Niki.

—Fue uno de esos encuentros casuales. Ni siquiera recuerdo dónde. En una fiesta, un cóctel o algo así. Luego, él pareció interesarse por mí hasta el extremo de invitarme con cierta asiduidad. La cosa no prosperó porque descubrí sus sucias

intenciones a tiempo y todo terminó.

—Ya veo... estaba investigándola.

—¿Quién?

—Usted despertaba el interés de alguien, en relación con un asunto del que todavía no sé una palabra. Por eso Granvy se dedicó a cortejarla, para que pudieran saber de usted sin intermediarios. Mire eso.

Ella tomó su propia fotografía y enarcó las cejas.

—¿Dónde está el chiste? —refunfuñó—. Esa foto se quedó en poder de Patrick Granvy.

—Vea el dorso.

Ella le dio la vuelta y se quedó mirando las escuetas frases.

—«Descartada» —murmuró—. ¿Qué quiere significar eso?

—Supongo que se dieron cuenta de que usted no era de quien sospechaban. ¿No recuerda si Granvy le presentó a alguien determinado, alguna vez?

Ella sacudió la cabeza.

—No... ¿Dónde entran aquí esos crímenes de que habló?

—Granvy ha sido asesinado. Y otro hombre, Enrique Acevedo, también. ¿Aún no recuerda qué significa ese nombre para usted?

—Acevedo...

Sacudió la cabeza, impaciente. El insinuó:

—¿Estuvo usted en Sudamérica?

—Sí, hace poco más de dos años.

—Tal vez conoció a la familia Acevedo allí, entonces.

—No, lo recordaría. Tuvo que ser algo más fugaz, si entiende lo que quiero decir. Algo que apenas dejara huella...

—Piense. Es muy importante.

La muchacha se ajustó la bata que empezaba a mostrar mucha más anatomía de su cuerpo de lo que requería la situación.

—El equipaje —dijo de pronto—. Eso fue. Confundieron nuestros equipajes.

—Cuénteme eso.

—Fue a mi regreso. Hice el viaje en uno de esos buques de crucero tan divertidos. Visitamos varios países del sur, Puerto Rico y Haití. Pasamos por el Canal de Panamá y todas esas cosas... Unas vacaciones estupendas. Luego, al llegar al puerto mi equipaje había desaparecido. Algún estúpido tripulante confundió las etiquetas y

colocó las mías en el equipaje de esos Acevedo. Fue un buen lío.

Carella reflexionó rápidamente.

—¿Cuándo se dieron cuenta de la equivocación?

—Oh, casi dos horas después de volverme loca buscándolo por todas partes. Se encontraron unas maletas con mi nombre, pero no eran las mías. Las que me pertenecían habían sido etiquetadas a nombre de Acevedo. El mismo señor Acevedo telefoneó a la aduana desde un hotel dando cuenta del error.

—Ya veo...

—¿Aclara eso su problema?

—Lo complica un poco más. ¿Recuerda la fecha exacta de ese episodio?

—Seguro. El último día de julio. Yo reanudaba mi trabajo el día dos de agosto.

—Y los Acevedo fueron incinerados a finales de agosto... Lo que yo no sabía era que hubieran llegado a San Francisco a bordo de ese buque dedicado a cruceros de placer. Siempre tuve por cierto que entraron al país en avión.

—Espere un momento, amigo. ¿Está tomándome el pelo? Usted dice que ese tal Acevedo fue incinerado en el mes de agosto de hace dos años. ¿Es así?

—El y su hija María.

—Y antes dijo que un tal Enrique Acevedo acababa de ser asesinado.

—Ni más ni menos.

—¿Cuántos tipos hay con ese nombre?

—Ahora, ninguno.

—Pero ¿había dos?

—Siempre hubo uno solamente. Ella resopló, indignada.

—Así resucitó, ¿eh? Resucitó después de haber sido incinerado... para que alguien le matara ahora, dos años después de su primera muerte...

—Ya sé que suena raro...

—¿Raro? ¡Infiernos! Es la cosa más idiota que he oído en mi vida. Me pregunto si habrá algo en su cabeza que no funciona como es debido, amigo.

—Le confieso que hay momentos en que yo me hago la misma pregunta, desde que anoche vi a María Acevedo, viva.

—De modo que la chica también resucitó...

—Ríase si quiere.

—A estas horas no me queda humor ni para reírme. ¿Ha terminado su interrogatorio, señor Carella, o como quiera que se llame?

El suspiró.

—Empiezo a pensar que no soy popular de un tiempo a esta parte. Se levantó, disgustado.

Ella dijo:

—Eso se debe a las condenadas horas que elige para sus visitas, amigo. Porque, en otras circunstancias, usted sería un tipo muy atractivo, ¿sabe?

—Eso levanta mi ánimo. ¿O sólo está tomándome el pelo?

Ella rió suavemente.

—Pruebe a venir en otra ocasión si quiere averiguarlo.

Tony le sostuvo la mirada descaradamente. Los ojos luminosos de la muchacha centelleaban, vivaces y provocativos.

—Volveré —decidió sin dejar de mirarla—. De ahora en adelante voy a disponer de mucho tiempo libre.

—A menos que le encierren en un sanatorio...

—¿Sanatorio?

—Ya sabe, para lunáticos. Sólo a un chiflado se le puede ocurrir que los muertos vuelven a la vida por arte de birlibirloque. Y ahora, adiós y cuídese.

—Está burlándose y no se lo reprocho. Se fue resueltamente hacia la puerta. La abrió.

Los dos individuos que esperaban fuera le cerraron el paso con los cañones de sus pistolas. Hubiera sido más fácil atravesar un muro de hormigón armado que aquella pared de músculos y automáticas del «45».

CAPÍTULO V

Tony Carella retrocedió cautelosamente a medida que los dos pistoleros avanzaron.

Oyó la asustada exclamación de Niki a sus espaldas, pero no distrajo su atención de aquellos dos fornidos individuos que hasta entonces no habían pronunciado una palabra.

Ellos se encargaron de cerrar la puerta. Fue Niki Francino quien exclamó, rompiendo el silencio:

—¡Haga algo, Carella! ¿Quiénes son esos hombres?

—Le aseguro que no hemos sido presentados. Y también puedo jurarle que no forman parte de mi círculo de amistades.

Los dos asaltantes cambiaron una mirada perpleja.

—¿Oíste eso, Perry? —cacareó uno de ellos—. Hemos topado con un gracioso.

—Lo malo es que de ese payaso nadie nos había hablado. ¿Qué hacemos?

—Es una complicación.

Tony había comprendido al instante qué clase de enemigos tenía delante. Petulantes, deshumanizados, su credo lo constituía la violencia siempre que ellos llevaran la iniciativa. Y solían llevarla porque jamás abandonaban sus pistolas.

Miró a Niki de reojo. Le preocupó ver que estaba descomponiéndose por instantes. Eso indicaba que no podría contar con ella en caso de tener una oportunidad de pelear.

El tal Perry sugirió, indeciso:

—Llama por teléfono y dile cómo está la situación aquí.

—Eso no le gustará, Stanley.

—Llama de todos modos.

Perry miró en torno buscando el teléfono. Entre tanto Stanley

siguió vigilando a Carella con el negro ojo de su pistola.

Perry encontró el aparato y disco un número. Niki casi chilló:

—¿Qué es lo que quieren de nosotros, Carella?

—Más bien vinieron por usted, Niki. Yo sólo soy una complicación adicional, si sabe lo que quiero decir.

—No bromea.

—Estoy hablando en serio, muchacha. Usted es su objetivo principal.

—Pero ¿por qué, qué quieren...?

—Es una buena pregunta. ¿La oyó, Stanley?

—Cierre la boca. Y tú también, nena. Perry habló por el teléfono.

—¿Patrón? Aquí Perry... Sí, estamos en su casa, pero no está sola. Hay un tipo con ella. ¿Qué? Espere... —Se volvió sosteniendo el auricular en la mano y gruñó—. ¿Cuál es su nombre, payaso?

—Tony Carella.

Por el auricular, Perry repitió:

—Se llama Tony Carella...

Desde donde estaba, Carella oyó las violentas vibraciones del teléfono. Alguien gritaba con voz aguda. Tan aguda que Perry separó el auricular casi una pulgada de su oído, asombrado.

Al fin pudo hablar y dijo:

—De acuerdo, no me grite. Yo no lo invité, puede estar seguro... ¡Maldita sea, cálmese! Le liquidamos también y asunto terminado.

Carella arrugó el ceño. Niki no pudo contener un quejido de terror. Al fin comprendía cuáles eran las intenciones de los dos pistoleros.

—¡Están locos! —barbotó—. ¡Quieren matarnos!

Perry colgó el auricular y se quedó mirando a Carella asombrado.

—Amigo —farfulló—, no lo comprendo. El jefe por poco se traga el teléfono cuando oyó su nombre... ¿Quién demonios es usted?

—Si van a liquidarnos sobran las explicaciones. Pero me gustaría saber quién es su jefe antes de irme al infierno.

Stanley dijo entre dientes:

—Cuidado con lo que dices, Perry. Este tipo es muy listo.

—Nadie es listo cuando tiene un par de cañones apuntando a su barriga. Debieras haber oído a Corning cuando supo el nombre de

este tipo.

—¡Cierra el pico!

—¡Qué diablos! No van a repetir eso a nadie...

Stanley soltó un salvaje juramento. De un bolsillo sacó un tubo silenciador y lo enroscó al extremo de su pistola.

—Terminemos de una vez —refunfuñó.

Niki empezó a gimotear. Perry buscó también en sus bolsillos hasta encontrar su silenciador.

Tony se dejó caer en una butaca, junto a la baja mesita de centro. Parecía muy asustado al fin.

—Quiero fumar... ¡Por favor! —balbuceó.

Sin esperar respuesta, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió. Arrojó la cerilla en un gran cenicero de cristal tallado que estaba sobre la mesa.

Perry rió entre dientes.

—Me gusta ver nerviosa a la gente, Stanley —cacareó balanceando la pistola—. Empiezan a sudar, a retorcerse las manos, a suplicar... ¿Lo oyes, payaso? ¡Suplica, hombre!

Niki chilló:

—¡Basta! ¿Qué clase de monstruos son ustedes?

Perry volvió a reírse. Tony se quitó el cigarrillo de la boca aplastándolo en el cenicero.

Luego, con un movimiento que apenas pudo percibirse con la mirada, lanzó el pesado cenicero contra Stanley y él se impulsó hacia atrás derribando la butaca.

Todo sucedió en escasos segundos. El cenicero se estrelló contra la cara de Stanley y no se rompió porque era demasiado duro y demasiado grueso. Pero la cara del pistolero sí pareció estallar en sangre.

Perry gritó algo y disparó al mismo tiempo. Su pistola no hizo más ruido que un soplo de viento. La bala barrenó las entrañas de la butaca que aún estaba cayendo sobre Carella.

Éste pareció rebotar en cuanto su espalda tocó el suelo. Se movía con precisión milimétrica, como si cada uno de sus movimientos hubieran sido ensayados una y mil veces, lo mismo que los de un bailarín.

Al levantarse elevó con él la butaca y la arrojó hacia Perry. Éste disparó dos veces más y una de las balas atravesó el mueble y aulló

al rebotar contra la pared. Luego, la butaca le atrapó de lleno y él se fue dando tumbos hasta caer bajo el peso del mueble.

Tony saltó hacia él como si volara en el espacio. Sus dos pies juntos cayeron sobre la cara de Perry, y lo que las duras suelas de los zapatos hicieron en aquel rostro no fue nada agradable de ver.

El pistolero bramó completamente cegado por el dolor y la sangre. Carella disparó el pie derecho y la punta del zapato reventó la boca del vociferante pistolero. Perry calló y perdió el conocimiento.

De un zarpazo, Carella se apoderó de la pistola. Oyó gritar a Niki y volviéndose vio a Stanley que se tambaleaba sobre los pies, pero que, no obstante, trataba de apuntar a la muchacha con el monstruoso cañón de su automática.

El asesino quería cumplir su cometido a toda costa...

Sin tiempo para otra cosa, Tony disparó y la pesada bala del «45» reventó la cabeza de Stanley esparciéndola en todas direcciones. Un último espasmo del pistolero al caer le hizo contraer el dedo del gatillo y disparó sin tino.

Niki se mordía los puños para no gritar. De pronto le asaltaron las náuseas y echó a correr hacia el baño.

Carella notó por primera vez el frío sudor que bañaba su cuerpo. Aplacó los nervios y dio un vistazo a la pesada pistola que empuñaba. Era un petardo capaz de derribar un elefante.

Encendió un cigarrillo, esta vez por pura necesidad, y aspiró el humo hasta llenarse los pulmones. Oyó a Niki en el cuarto de baño. La chica acababa de vivir un infierno en pocos minutos. Tenía sobrados motivos para estar descompuesta.

El apartó la mirada de la cabeza hecha pedazos del frustrado criminal y fue a sentarse en una butaca intacta.

Pensó en cuán sorprendente era el destino. Precisamente cuando había renunciado para siempre a su mundo habitual de intriga y violencia, la violencia se cruzaba en su camino del modo más inesperado.

Minutos después oyó los pasos de la muchacha a sus espaldas. Sin volverse indagó:

—¿Se siente mejor, Niki?

—¡Dios del cielo! Ha sido horrible...

—¿No sabe por qué esos dos bastardos vinieron aquí a matarla?

—Aún no puedo creer que eso haya sucedido...

—¡Cuernos! Pues sólo tiene que dar un vistazo a lo que queda de ese mono sin cabeza para convencerse de que las cosas han sucedido. Cuando el otro despierte le haré unas cuantas preguntas y tal vez salgamos de dudas.

—Voy a preparar algo de beber. Podría desmayarme por menos de un centavo.

—Nadie le pagaría por eso, así que prepare dos buenos tragos. Yo también necesito un estimulante.

—Oiga, Carella, ¿qué clase de tipo es usted?

Niki se había plantado ante él. Estaba lívida, pero su mirada relucía de nuevo con vivacidad.

Él se encogió de hombros.

—De la clase de tipos a quienes no les gusta que les hagan agujeros en la barriga.

—No me salga con chistes ahora. Le he visto pelear y matar a ese hombre sin apenas alterarse. Para usted era algo semejante a una exhibición deportiva... algo que parecía formar parte de sus actos habituales...

—Le aseguro que estaba muy asustado.

—¡Y un demonio! ¿Sabe lo que pienso? No me lo diga... usted disfrutaba peleando y matando...

—Niki, ha leído demasiadas novelas de aventuras. Nadie disfruta al matar a menos que se trate de un tarado mental, como ese Perry, por ejemplo. El sí disfrutaba con el miedo de sus víctimas.

—Voy a preparar las bebidas —gruñó Niki, desconcertada.

Carella terminó el cigarrillo. Tal vez cuando interrogase a Perry muchos de los misterios que envolvían aquel condenado embrollo quedasen claros...

Por supuesto, la presencia de Niki era un impedimento para el interrogatorio, porque con toda seguridad se vería obligado a emplear procedimientos un tanto salvajes para soltarle la lengua al pistolero...

Niki regresó con dos grandes vasos casi rebosantes de *whisky* y hielo. Bebieron hasta casi vaciarlos.

Carella se levantó, dejó el vaso sobre la mesa y dijo:

—Ya es hora de despertar a nuestra bella, durmiente. Y si es usted una chica impresionable, vaya a dar un paseo porque lo que

haré con ese tipejo no va a ser nada agradable de ver.

—No le comprendo... Debemos llamar a la policía, Carella.

—Siempre hay tiempo para eso. Se inclinó sobre Perry.

Para éste se había terminado el tiempo.

La bala disparada por Stanley en los espasmos de la muerte había abierto un enorme boquete en su costado y estaba muerto.

CAPÍTULO VI

—No cabe duda de que alguien decidió que usted no podía quedar «descartada», Niki.

—Pero nadie puede tener nada contra mí. Soy una simple modelo, y lo más excitante que he hecho en mi vida fue el crucero de que le he hablado.

—De ahí parte todo esto. Del cambio de equipajes, que fue el hilo que la cruzó con las vidas de los Acevedo. Estoy dispuesto a jurar que todo empezó entonces en lo que a usted atañe.

—¡Pero si fue la cosa más anodina del mundo! No se perdió ninguna maleta, todo se arregló sin complicaciones...

—Eso cree usted.

Niki sacudió la cabeza.

—Voy a llamar a la policía. Es la única manera de acabar con esta pesadilla.

—Hágalo. Pero la pesadilla sólo ha empezado. Ella titubeó.

—¿No quiere que avise a la policía, Carella?

—Es algo que no me quitará el sueño. Las cosas están tan claras como la luz por lo que a mí respecta. Pero su caso es distinto.

—¿En qué sentido?

—La policía querrá saber, ¿entiende? Intervendrán los periodistas y usted no podrá ocultarse en ninguna parte. Quiero decir que el tipo que envió a estos dos monos sabrá dónde estará usted en todo momento y enviará a otros.

Niki se estremeció.

—Ya entiendo. Pero no puedo quedarme con esos dos cadáveres en el apartamento ni organizar su entierro por mi cuenta.

—Eso quizá pueda arreglarse...

—¿Y en cuanto a mi seguridad?

—También, si no teme por su virtud. Ella dio un respingo.

—Oiga, Carella, mi virtud sólo le importa a una persona en el mundo: A mí.

—Entonces se quedará en mi apartamento. Le aseguro que nadie en San Francisco lo conoce. Allí estará a salvo.

—¿Vive usted solo?

—Sí, salvo esporádicas ocasiones. Aunque basta ahora esas «ocasiones» han sucedido lejos de ese apartamento de que le hablo.

—Sigo sin entenderle. ¿Qué clase de trabajo es el suyo?

—Ahora ninguno. Estoy cesante. Y del que realizaba hasta ahora prefiero no hablar por el momento.

Ella suspiró.

—Tal vez sea usted otro pistolero como esos dos, pero me arriesgaré. Vivir con un hombre tan misterioso será una experiencia nueva.

—Y espero que agradable.

—¿Qué vamos a hacer con los... este... los cadáveres?

—Déjelo de mi cuenta. Y llévese sólo lo imprescindible. No quiero que el portero la vea salir con ningún equipaje.

Se fue hacia su dormitorio para preparar lo que deseara llevarse. Tony aprovechó el tiempo para registrar los dos cuerpos que estaban dejando perdido el suelo y se convenció de que habían sido buenos profesionales de la escabechina. Ninguno de los dos llevaba en los bolsillos absolutamente nada que pudiera servir para identificarlos.

Pocos minutos más tarde ambos abandonaban el apartamento que por un destino fatal se había convertido en siniestra cámara de muerte.

* * *

Estacionó el coche y apagó el motor, recostándose en el asiento. La muchacha le observó con interés.

—¿Ha cambiado de idea —preguntó—, ya no desea ocultarme en su apartamento?

—Por el contrario, estoy seguro de que es una gran idea.

—Entonces, ¿qué esperamos?

El ladeó la cabeza y la miró, sonriendo:

—Me doy cuenta por primera vez de que estoy al borde de abdicar de mis principios.

—¿Se refiere a su soltería? Porque si se trata de eso, olvídelo. Yo tampoco soy una entusiasta del matrimonio.

—En parte era eso. Pero hay algo más... Hasta hoy, siempre había mantenido separada mi vicia... digamos, sentimental, de mi vida ordinaria. ¿Quiere creer que es usted la primera mujer que va a entrar en ese apartamento? Excepto la señora de la limpieza, claro...

Niki rió de buena gana. Por instantes cobraba mayor confianza, mayor seguridad al lado de ese hombre extraño que de modo tan repentino y terrible había irrumpido en su vida.

—Me portaré bien —prometió con ironía—. No alteraré en absoluto su vida habitual, Carella.

—No estoy muy seguro de que eso me guste.

Abrió la portezuela y se apearon. La calle silenciosa y desierta brillaba por la humedad. Las luces de los faroles creaban zonas de brumosa claridad que destacaban poderosamente contra la negrura de la noche.

Tony pasó el brazo por la cintura de Niki y se dirigieron a la entrada del colosal edificio.

Faltaban sólo unos pasos para llegar cuando una pistola ladró estruendosamente. Instintivamente, obrando como un autómata, Carella empujó a la muchacha y él se zambulló en la oscuridad buscando la protección de los coches estacionados a lo largo de la acera.

Niki gritó al rodar por el suelo. El rugió:

—¡Quédese quieta, no se levante!

Reptó pegado al coche más próximo. Para entonces ya tenía en la mano la pistola que había pertenecido a Perry.

Vio el fogonazo al otro lado de la calle. Procedía del interior de un largo sedán que entonces comenzaba a despegarse de la acera.

Carella levantó su arma, contuvo el aliento y disparó.

Oyó un grito terrible. El coche aceleró su marcha, con la ruidosa pistola tronando una y otra vez, convirtiendo el coche que le servía de parapeto en un colador.

Carella corrió agazapado. Disparó de nuevo y un cristal del auto fugitivo estalló.

Entonces el cierre de la pistola quedó trabado al expulsar el último casquillo y él maldijo entre dientes, porque su última posibilidad de detener a los criminales acababa de esfumarse.

Regresó a donde Niki continuaba pegada al suelo.

Oía abrirse algunas ventanas, y voces excitadas que intentaban averiguar qué estaba sucediendo.

—Apresúrate —exclamó con voz contenida—. No nos conviene la publicidad...

Entraron en el edificio y ninguno de los dos dijo una palabra hasta llegar al apartamento.

Allí, Niki dijo:

—Si nadie conoce este lugar, como tú aseguraste... ¿Quiénes eran esos pistoleros que te esperaban, Carella?

—Maldito si puedo imaginarlo. No tiene sentido.

—El único sentido que yo le veo es que andan detrás de ti y saben perfectamente dónde encontrarte... Y si es así, también me encontrarán a mí sin dificultad.

El cerró la puerta y encendió las luces.

—Necesito pensar en eso... Nadie conocía este apartamento, de eso estoy en lo cierto. Puse especial cuidado en mantener secreto y seguro este refugio.

Ella miró en torno. Entornó los ojos, asombrada, porque el refinado gusto y el esplendoroso lujo que decoraban aquel nido de águilas delataban una posición económica que no había sospechado en ese individuo que parecía saltar del peligro para caer en la violencia.

—Debes ser una especie de sibarita —comentó—. Éste podría ser un perfecto nido de amor.

—Quizá lo sea ahora que tú estás aquí. Ponte cómoda mientras hago una llamada.

—¿Dónde tienes las bebidas?

—Ahí, en ese bar de la esquina. El hielo lo encontrarás en la cocina.

Mientras la muchacha intentaba localizar la cocina sin ayuda, él descolgó el teléfono y disco un número que parecía grabado a fuego en su memoria.

—Habla Carella —dijo cuándo obtuvo comunicación—. Es preciso que comunique con Havilland.

Una voz de mujer susurró por el auricular:

—Su nombre ha sido borrado de la relación de prioridades, señor Carella.

—Ya lo sé. Pero necesito esta comunicación. Es urgente.

—Veré si puedo arreglarlo... Esperó, impaciente.

Niki había encontrado la cocina y regresó con un recipiente lleno de dados de hielo. La contempló mientras preparaba las bebidas, maravillándose una vez más de aquella belleza increíble y sofisticada, dejando vagar la imaginación por derroteros que a la muchacha, caso de haber podido adivinar sus pensamientos, le habrían coloreado las mejillas.

Al fin, la voz suave surgió nuevamente del auricular.

—¿Carella? —dijo—. Le llamaremos dentro de unos minutos si nos facilita el teléfono desde donde habla.

—Bien, seguimos como de costumbre... Dictó su teléfono y colgó.

Niki dijo:

—Como ama de casa eres un desastre, Carella. En todo ese enorme frigorífico parecido a un cerebro electrónico no he encontrado más que latas de cerveza y botellas de soda... Además de hielo, por supuesto.

—No acostumbro a comer aquí. Veamos qué has preparado.

—Elegí esa botella de «Chivas»... En lo tocante a bebidas sí eres un experto.

El bebió un sorbo y fue a sentarse en un enorme diván curvo que ocupaba el centro de la gran estancia que comunicaba con la terraza.

—Ven, siéntate a mi lado —invitó palmeando el asiento.

—¿Es el primer paso para la seducción de la doncella?

—Podría serlo si no hubiera ese problema en medio. Tu cabeza y la mía parecen haber sido puestas a precio. Alguien las ha subastado entre una tropa de pistoleros. Eso hace que se enfríe mi entusiasmo, Niki.

—Por lo menos podré sentirme tranquila y segura...

Se hundió en el mullido diván sin abandonar el vaso. El la miró, complacido de su proximidad.

—Además de toda una belleza, eres tan sugestiva como un sueño, querida —dijo como si lo lamentara.

Y quizá fuera así por cuanto, tal como había dicho, el problema que parecía unirlos interfería sus lógicos instintos amorosos.

Encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Niki. Fumaron en silencio, saboreando la bebida de vez en cuando.

Hasta que ella preguntó:

—¿Qué estás esperando?

—¿Eh?

—Parecía como si estuvieras a mil millas de aquí.

—Pensaba.

—Te pregunté qué esperabas.

—Una llamada telefónica.

Cual si hubiera sido una contraseña, el teléfono sonó apenas él hubo hablado. Descolgándolo, gruñó:

—Aquí, Carella.

—Havilland.

—Buenas noches, señor.

—¿Ha cambiado de idea respecto a su renuncia, Carella?

—En absoluto. Eso fue definitivo, señor.

—Ya lo imaginaba. Siempre supe que usted era una especie de extraño idealista... y eso es muy malo para los hombres que hacen nuestro trabajo. Bien, ¿qué desea de mí?

—Estoy envuelto en un lío increíble, señor.

—Yo pensé que había dimitido porque estaba harto de líos precisamente.

—Y sigo estándolo. Éste ha salido a mi encuentro sin buscarlo. Se trata de algo que sucedió hace dos años, señor. ¿Recuerda a los Acevedo, padre e hija?

—Naturalmente. Usted llevó aquel caso hasta el final. Hizo un buen trabajo trayéndolos a nuestro país... aunque no pudiera evitar su muerte.

—Ahí le duele, señor. No están muertos. Bueno, el viejo sí, pero recientemente, no cuando todos creímos que había muerto.

—Oiga, Carella, ¿qué infiernos ha bebido, vitriolo?

—Le aseguro que estoy sobrio.

—¡Entonces pretende tomarme el pelo!

—El absoluto. Vi a María Acevedo, viva, la otra noche. Y a Enrique Acevedo esta misma noche... Estaba atado a una silla y le habían apuñalado.

—¡Absurdo!

—De acuerdo, es absurdo, idiota, increíble... Todo lo que quiera. Pero es cierto.

—¡Condenación! Usted fue testigo de excepción en la muerte de los Acevedo, padre e hija. Asistió incluso a la ceremonia de cremación y escoltó las cenizas de la mujer hasta el mar, donde fueron aventadas... ¿Cómo infiernos puede habérsele ocurrido ahora tamaña estupidez?

—No me pregunte cómo pueden haber vuelto a este maldito mundo porque no lo sé. Lo cierto es que reaparecieron y el viejo se hizo matar. ¿Hubo algo oculto en todo aquel asunto que yo ignore, señor?

Oyó el furioso resoplido de la lejana voz del teléfono.

—Nada en absoluto.

Tony refunfuñó una maldición entre dientes.

—Está bien, señor —capituló al fin—. Quizá yo viera visiones. Ahora hay otro asunto del que desearía que se ocupara usted.

—Si es tan absurdo e idiota como eso otro más Vale que lo olvide.

—Nada de absurdo.

—Suéltelo entonces.

—Hay dos cadáveres que deberían desaparecer discretamente, señor. Hubo una especie de rugido atronador en el auricular.

El añadió sin alterarse por el estallido:

—Otras veces se ha hecho, ya sabe. Podrían traer consecuencias desagradables, y no sólo para mí.

—¿Está amenazándome, Carella?

—Sólo le expongo la situación.

—Y lo hace de una manera muy desagradable. Esos cadáveres de que habla, ¿tienen alguna relación con su delirio respecto a los Acevedo?

—Podrían tenerla, aunque no estoy seguro.

—¿Y con nuestra organización?

—No.

—Menos mal. ¿Qué espera que hagamos con ellos?

—¡Cuernos! Pueden hacer lo que quieran. Desde arrojarlos al mar hasta comérselos, dicho sea con mis respetos, señor.

—El hecho de que ya no pertenezca a la agencia no le autoriza a

hablar de ese modo, y menos a mí. ¿Dónde tiene a esos dos silenciosos amigos suyos?

—Tome nota... Hill Road, 271, apartamento quince B. Hay conserje en el edificio. Día y noche.

—No lo pone fácil precisamente.

—Nunca fueron fáciles estas cosas. Confío en que su habitual efectividad consiga milagros también esta vez.

—Quisiera saber mucho más de todo esto, Carella.

—Como en los viejos tiempos... Le informaré.

—Espero que lo haga.

Sonó un chasquido y él devolvió el auricular al soporte.

Tomó el vaso y lo vació a pequeños sorbos ante la mirada perpleja de Niki.

—Oye, ¿con quién estuviste hablando? Esas cosas no suceden en un país civilizado...

¡Hacer desaparecer dos cadáveres...!

—Yo no estoy tan seguro de nuestra civilización. De todos modos, cuando regreses a tu casa, habrán retirado la basura y no quedará de ella ni el menor rastro.

—Así que es cierto... Se puede matar impunemente, escamotear dos cadáveres y hacerlos desaparecer como por arte de magia, y quedarse tan tranquilo. Jamás lo hubiera creído.

—Algún día te aclararé todas las dudas. Ahora será mejor que vayamos a dormir.

Amanecerá dentro de una hora.

—¿Qué habitación es la de tus huéspedes? Y no salgas ahora con que sólo tienes un dormitorio en este palacio.

—Exactamente, hay dos.

—¿Con cerradura en la puerta?

—Me decepcionas. No necesitarás cerradura alguna. Jamás tomo violentamente lo que puedo obtener más voluntariamente.

—¿Eso es lo que imaginas que sucederá conmigo?

—Quién sabe. Ven, te mostraré tu habitación.

Ella le siguió y cuando Tony encendió la luz del gran dormitorio suspiró, satisfecha.

—Después de todo —comentó—, es una suerte que no estés casado. Sería muy embarazoso que apareciera una esposa de pronto reclamando sus derechos.

—Tienes una obsesión con el matrimonio. Empiezas a preocuparme... Y ahora, acuéstate.

—No traje mis pijamas...

—Puedo prestarte uno de los míos.

—Gracias, me sentiría perdida dentro de él. Dormiré desnuda. El tragó saliva.

—Me alegro de saberlo. Quizá esta noche me dé uno de mis ataques de sonambulismo... ¡Maldita sea! Acuéstate de una vez, vestida o desnuda, pero acuéstate y déjame pensar con tranquilidad.

Ella rió y cerró suavemente la puerta ante las narices de Carella, quien regresó a la gran estancia central y se preparó otra bebida antes de hundirse en el diván.

Empezó a barajar los hechos que conocía y lo que había sucedido desde el instante en que viera a la hermosa resucitada.

No llegó a ninguna conclusión definitiva. Sólo se quedó dormido.

CAPÍTULO VII

Walter Corning era un hombre amazotado, con cuello de toro, frente estrecha y ojos hundidos y crueles. En su larga vida había infringido todas las leyes escritas y algunas que estaban aún por legislar, sin embargo había sabido mantenerse siempre fuera del alcance de la ley, algunas veces debido a la suerte y otras a la falta de pruebas.

Quienes hubieran podido aportar esas pruebas morían invariablemente. Para ellos, Walter Corning había significado la peste.

—Mire, todo lo que da dinero es bueno para mí —dijo sinceramente al hombre que estaba sentado ante él.

—No lo dudo. Tengo sobradas referencias de sus habilidades. Pero quizá en este negocio no ha utilizado a los hombres debidos.

—Olvidelo. Cumplirán. Usted oyó lo que me dijo Perry por teléfono.

—Entonces, ¿por qué no han vuelto a dar señales de vida? Hace horas que deben haber terminado.

—Quizá han surgido dificultades con el hombre. O tal vez los han llevado lejos de la ciudad para retrasar la intervención de la policía. Mi gente son buenos profesionales.

El otro esbozó un gesto de escepticismo y chupó su largo cigarro casi con voluptuosidad. Era un individuo que hablaba un inglés cultivado, con un ligero acento exótico.

—Me preocupa que estuviera allí ese individuo de la Cía —dijo de pronto—. Si hay algo que no deseo ahora es que esos bastardos vuelvan a intervenir.

—Para que pudiera responderle a eso necesitaría saber más de este asunto. Para mí, ese tipo, Carella, es un hombre como los

demás. Una bala bien dirigida mata igual a un agente de la CIA como a una rata de muelle.

El otro no replicó. Acabó su cigarro sin que su nerviosismo se hubiera calmado en absoluto, por el contrario, estaba más inquieto a cada minuto que transcurría.

—Tiene usted que moverse, Corning —gruñó al fin, incapaz de contenerse por más tiempo—. Amanecerá dentro de poco. Algo ha sucedido...

—¿Qué quiere que haga, presentarme en el apartamento de esa mujer y ponerme el nudo corredizo en el cuello?

—Llame por teléfono.

Corning suspiró. Para sus adentros maldijo a aquel tipo todo nervios. No se podía trabajar para aficionados...

—Todo va bien —insistió—. ¿Por qué no regresa a su hotel y se acuesta? Resolver esta clase de negocios es mi trabajo y le aseguro que sé cómo hacerlo. Déjelo en mis manos.

—Hay demasiado en juego. Llame, haga algo... Son demasiadas horas las que han pasado desde que su hombre telefoneó.

Corning contuvo sus deseos de enviarlo al infierno. Había demasiado dinero en juego para desperdiciarlo.

—Muy bien —accedió a regañadientes—. Pero es perder el tiempo y correr un riesgo innecesario.

Consultó un número en la guía y lo disco furiosamente. Oyó zumbir el teléfono sin que nadie respondiera.

—¿Qué le parece? No hay nadie —rió y añadió—: Por lo menos, nadie vivo... Colgó. El otro se levantó con gestos nerviosos.

—Quizá tenga usted razón y todo haya salido bien, pero sigue preocupándome el silencio de sus hombres.

—Tranquílcese y vuelva a su hotel. Yo le llamaré tan pronto regresen con noticias seguras.

—Está bien, Corning. Espero que no me falle.

Sin más despedidas, el hombre se dirigió a la salida y desapareció cerrando violentamente la puerta.

Walter Corning soltó una sarta de soeces insultos que el otro ya no pudo oír. Ciertamente, estaba preocupado por la total carencia de noticias de Perry y Stanley, pero no podía demostrarlo ante el «cliente».

Tampoco estaba tan tranquilo como había querido aparentar

respecta a la inopinada presencia en el asunto de aquel tipo llamado Carella. Recordaba el brinco que había pegado el sudamericano cuando oyó ese nombre. Ni que hubieran nombrado al diablo. Debió pedirle más dinero por «encargarse» también de ese nuevo personaje...

Aunque para eso siempre habría tiempo más adelante.

Lo inmediato era el silencio de los dos pistoleros a los que parecía haberse tragado la tierra.

De modo que siguió esperando, cada vez más impaciente.

Pero estaba tan seguro de su efectividad que ni por un momento pensó en el fracaso.

No imaginó que estuvieran muertos.

* * *

Tony acabó de vestirse. Abrió una pequeña caja fuerte empotrada en una pared y sacó una aplanada pistola automática europea. Comprobó meticulosamente la carga y tras esto cerró la caja guardándose el arma. Ahora ya sabía que la partida entablada se jugaba a tiros.

Pisando como un gato se dirigió al cuarto donde Niki dormía plácidamente. La muchacha no había cerrado la puerta en una demostración de confianza... o quizá con el secreto anhelo de que él decidiera dar otro paso audaz en el proceso de seducción.

Asomó la cabeza por la rendija. Niki había cumplido su anuncio y dormía desnuda, con la revuelta sábana caída a un lado.

Era una imagen de una belleza imposible. Por unos instantes, la fuerza del deseo le empujó hacia ella. Luego retrocedió y abandonó el apartamento después de dejar una nota con instrucciones para Niki.

Los periódicos de la mañana atrajeron su atención con la noticia del doble crimen. La policía había descubierto los dos cuerpos, aunque sólo habían podido identificar a uno de ellos, el de un hombre llamado Patrick Granvy. El segundo cadáver, de un individuo atildado y viejo, estaba aún sin identificar.

Condujo el coche hacia los muelles, en los que flotaba la húmeda bruma mañanera.

Abandonó el coche y prosiguió a pie hacia la encristalada garita

del jefe de sector.

Un sirena, bronca y fúnebre, se abrió paso entre la niebla a duras penas. Una cabria chirrió y las voces de los descargadores que iniciaban su jornada le hicieron coro.

El chapoteo del agua aceitosa era como el sordo jadeo de un gran monstruo al acecho.

El hombre de la garita le miró por encima de sus lentes. Después se los quitó y dijo, impaciente:

—¿Me busca a mí?

—Seguro. No creo que haya nadie mejor informado que usted sobre los muelles.

—Posiblemente, una o dos personas en toda la ciudad. ¿Qué es lo que desea?

—Busco al tripulante de un barco llamado *Carolina*. Sé el nombre del tipo, pero no tengo idea del barco.

—¿Carolina?

—Así se llama el buque. ¿Qué sabe usted de él?

—Nada.

—No ha tenido que pensarlo mucho.

—No hay ningún carguero de ese nombre, podría jurarlo sobre la Biblia. En cuanto a buques de pasaje, menos aún...

—¿Y de cabotaje?

El otro meneó la cabeza, escéptico.

—Juraría que no.

—Desde luego, ese barco existe, no es ningún buque fantasma.

—Los grandes buques no llevan nombre de mujer. Ni siquiera un nombre tan escueto.

—Entonces...

—Pruebe en los muelles deportivos. Podría tratarse de un yate.

—No se me había ocurrido...

—Es lo más probable. Si eso es todo...

—Gracias por su ayuda, amigo.

Se alejó a buen paso. No era cierto que no hubiera pensado en que el *Carolina* podía ser un yate de recreo, pero había querido asegurarse de que no era un carguero o un barco de mediano tonelaje de los muchos que se dedicaban a cabotaje.

Entró en un bar y pidió café negro. Lo tomó mientras consultaba la guía telefónica. Después se encerró en la cabina.

Una llamada al Club Náutico disipó toda duda. Un yate llamado *Carolina* estaba inscrito en sus listas de amarre, y era propiedad de un caballero latinoamericano que respondía al nombre de Miguel Torrente Adduci. Lo sentían, pero no estaban autorizados a facilitar las señas de sus socios en la ciudad.

Colgó, pensativo.

Al regresar al mostrador pidió otro café. Nueva consulta a la guía y comprobó que no había ningún Miguel Torrente Adduci en ella.

Sin embargo, halló a varios ciudadanos que llevaban el nombre de Corning. El hecho de que hubiera varios iba a dificultar la identificación del que de todos ellos había hablado por teléfono con los dos frustrados asesinos, en el apartamento de Niki.

Una tarea rutinaria y lenta, al final de la cual volvería a desatarse la violencia y alguien moriría con toda seguridad.

CAPÍTULO VIII

Anohecía cuando regresó al apartamento. Abrió la puerta con su llave y Niki se levantó del diván, aureolada por la luz de una lámpara de pie.

—Hola, preciosa —dijo Carella, cansado—. No había pateado tanto las calles desde mis tiempos de estudiante...

—Hola, Tony.

—¿Te has aburrido?

—No mucho.

El la observó un tanto perplejo por la manera escueta con que ella le respondía. Entonces descubrió un par de cosas sorprendentes.

En primer lugar, Niki estaba rígida como una tabla.

En segundo lugar, y a pesar del apresurado maquillaje, en su mejilla izquierda había un rojizo moretón.

Relajó los músculos y dijo, adentrándose en el apartamento:

—Trae un poco de hielo. Necesito un reconstituyente, Niki.

Ella se apresuró hacia la cocina. Tony permaneció unos segundos inmóvil, reflexionando a todo gas.

Al fin, silencioso como un gato, se aproximó a la puerta más cercana. Estaba cerrada.

La segunda mostraba una delgada abertura, apenas una pulgada. Descargó un tremendo puntapié a la puerta y ésta casi saltó de sus goznes al girar como un huracán.

Sonó un estrépito al otro lado, un grito y el golpe de un cuerpo al caer al suelo.

Con la pistola en la mano, Carella saltó dentro del dormitorio en el instante en que un hombre intentaba levantarse. Tenía la cara chorreando sangre a causa del porrazo. Un poco más allá había un revólver de cañón corto.

—No se te ocurra acercarte al revólver, compañero —aconsejó amablemente—. Tendría que matarte.

Por entre la sangre y el odio, el desconocido le miró con los ojos echando chispas.

Carella avanzó hacia él y le descargó un puntapié en la cara que no contribuyó a embellecérsela precisamente.

Mientras el tipo rodaba hecho un ovillo, aullando, él se apoderó del caído revólver. En aquel instante, a sus espaldas, una voz ordenó:

—¡Deja las armas o te mueres, Carella!

Se quedó quieto. Empuñaba la pistola con la derecha y el revólver del pistolero con la izquierda.

Entonces dijo:

—Piénsalo dos veces... puedes clavarme una bala, pero no evitarás que yo le meta dos a tu compinche. Quizá no le aprecias demasiado, en cuyo caso empezará a disparar ahora mismo...

El segundo asaltante quedó helado. Era cierto que las dos armas empuñadas por Carella apuntaban al gimoteante pistolero caído, cuya sangre burbujeaba en su cara aplastada.

—¡Vuélvete, Carella!

—Ni lo sueñes... Si te fijas bien, tengo apretados los gatillos hasta aproximadamente la mitad de su recorrido. Un ligero espasmo y tu camarada irá de cabeza al infierno.

Hubo otro silencio. Socarronamente, Tony añadió:

—Se me ocurre que tienes un buen problema entre manos, compañero. ¿Qué te parece si tratamos de entendernos tú y yo?

—¿De qué modo?

—Hablando un poco.

—¿Crees que soy tan idiota?

—Sí.

—¿Qué?

Se echó a reír. El otro rechinó los dientes.

Pasó otro medio minuto. Carella pensó en su costosa alfombra arruinada por tanta sangre.

—Y bien, ¿qué decides?

—Hagas lo que hagas eres hombre muerto, Carella.

—Si tu compinche puede oírte no se sentirá muy feliz, porque él también va a morir.

—No voy a echarme a llorar por eso.

Desde el suelo, el herido levantó la mirada desorbitada. Primero la fijó en las dos armas que le amenazaban. Luego, sus pupilas giraron llenas de terror y odio.

—¡No... no puedes... hacerme eso...! —jadeó con sus labios aplastados y rotos.

Tony soltó una risita. Lo cierto era que se devanaba los sesos buscando la manera de cazar vivos a los dos forajidos.

En aquel preciso instante, tras él hubo un estallido de cristales y un grito agudo.

Se volvió como una peonza. El pistolero retrocedía a trompicones intentando ver por entre el *whisky* que escurría por su cara y le ardía en los ojos.

Un poco más _ allí, Niki aún sostenía el cuello de una botella de «Chivas». Era todo lo que quedaba de ella.

—Buen trabajo, nena —alabó—. Lástima que no utilizases una botella de agua...

Llegó junto al desconocido. Éste levantó la pistola, cegado aún. Le lanzó un puntapié a la mano y el arma salió volando.

—Mano a mano, compañero...

Disparó la derecha de abajo arriba. El puño estalló en el mentón de su enemigo como una bomba. Lo levantó del suelo y cuando sus pies volvieron a entrar en contacto con el suelo él ya había atravesado toda la sala. Se apoyó en la pared, junto al ventanal practicable que comunicaba con la terraza.

Carella se embolsó el revólver y fue hacia él rechinando los dientes.

—Te la ganaste, camarada —comentó—. Sólo por haber invadido este apartamento. Sólo que había menospreciado a su, adversario y eso fue un error. El hombre saltó sobre él como impulsado por un resorte y un tremendo mazazo en la cara casi le derribó.

El otro estaba dispuesto a aprovechar esa leve ventaja y atacó de nuevo. Disparaba los puños como cohetes, y eran unos puños grandes y duros.

Por unos instantes Tony se sintió desarbolado, y todo lo que pudo hacer fue esquivar y soportar el temporal sin recibir ningún golpe definitivo. Luego, sus bien aprendidas mañas entraron en

juego.

Esquivó un mazazo que pasó rozándole la oreja y se revolvió como una serpiente. Igual que un muelle que se dispara, su brazo derecho se distendió como un rayo, y la mano abierta y rígida, con los dedos unidos, se hundió en el hígado semejante a una barra de acero.

El otro boqueó, jadeando, encorvándose, con dolores de agonía atravesándole las carnes.

Tony volteó el brazo, la cabeza zumbándole aún por los tremendos golpes encajados. El codo doblado repercutió como un mazo en la cara del adversario, que dejó de aullar para retroceder a trompicones.

Pero era un hombre muy duro. Y obstinado. El espantoso dolor que laceraba su hígado actuó casi como un acicate y bruscamente se arrojó hacia adelante tratando de trabar los brazos de Carella con un abrazo de oso.

Estuvo a punto de conseguir sus propósitos. Tenía unos brazos poderosos capaces de estrujar a un hombre normal entre ellos.

Carella no era un hombre normal en ese aspecto.

El pistolero se sintió elevar en el aire justo cuando pensaba atrapar a su enemigo entre sus manazas. El mundo pareció girar a su entorno y algo brillante salió a su encuentro.

Era la cristalera de la terraza. Hubo un estallido de cristales semejante a una explosión. El hombre pegó de espaldas contra la balaustrada y el espantoso abismo apareció ante sus ojos desorbitados. Olvidó el dolor y luchó por aferrarse a la vida desesperadamente. Su cuerpo osciló un fugaz instante, cuando ya Carella volaba hacia él para sujetarlo.

Luego desapareció.

Estremecido, Tony se inclinó sobre la baranda. El agudo grito de muerte se extinguió y el cuerpo que daba tumbos en el vacío desapareció en la oscuridad de la noche. Ni siquiera oyó el golpe en la acera porque la altura era excesiva para que el sonido llegara hasta la terraza.

Carella se volvió. Estaba lívido. Niki le miraba desde el otro lado del enorme boquete abierto en los recios cristales, su rostro crispado por el espanto de lo que acababa de presenciar.

El barbotó:

—Lo lamento, Niki... de veras. Yo lo quería vivo.

—Dijeron que... que iban a matarnos. Luego cambiaron de idea.

—¿Cómo?

—No me salvaría si les ayudaba a atraparte. No les creí ni una maldita palabra, pero simulé acceder... tenía la esperanza de advertirte a tiempo.

—Comprendí que algo andaba mal cuando vi tu cara. ¿Cuál de ellos te golpeó?

—Los dos...

Su voz se ahogó.

El rechinó los dientes.

—Nos queda el otro. Te juro que lamentará no haberse caído también por la terraza. Ella se precipitó en sus brazos. Los nervios la dominaban al fin y todo su soberbio cuerpo temblaba espasmódicamente.

El la sintió vibrar entre sus manos. Era una sensación viva, cálida y dulce notar la suavidad de su piel, el calor de su cuerpo y la suave fragancia que se desprendía de sus cabellos.

—Mi pequeña Niki —murmuró—. Y pensé que éste sería un lugar tranquilo y seguro para ti...

Ella levantó la cara, mirándole con ojos tan brillantes como las estrellas que luchaban por abrirse paso entre las brumas.

Sus labios temblaban, y eran gordezuelos y húmedos. Tony Carella sucumbió.

Hundió su boca en ellos y fue como si ésta fuera la primera vez que besara a una mujer, porque por primera vez ardió en todos sus sentidos, en cada fibra de su cuerpo, la llama de un sentimiento que venía renovándose desde el principio de los tiempos.

Cuando se apartó, jadeando, vio que la puerta del apartamento estaba abierta. El pistolero con la cara aplastada había desaparecido.

No sabiendo si lamentarlo o no, volvió a buscar la llameante boca de la muchacha para abrasarse en ella hasta convertir en cenizas el creciente deseo.

CAPÍTULO IX

Oyó suspirar a Niki y se volvió.

La dorada cabellera se desparramaba sobre la almohada como un maduro campo de trigo. Su piel morena contrastaba con el blanco de las sábanas revueltas y el suave compás de su respiración parecía comunicar una palpitante vida a sus senos firmes y tersos.

El alba se insinuaba más allá de la ventana. El encendió otro cigarrillo, sugestionado por tanta belleza como ella le ofrecía.

Sólo que así era imposible reflexionar con calma, de modo que vestido solo con el pantalón del pijama se fue a la sala y se derrumbó sobre el diván.

Por el roto ventanal penetraba el frío aire de la mañana naciente. Se estremeció. Cuando volvió a darse cuenta del lugar en que estaba, el sol bañaba ya la terraza.

Una ligera manta le cubría hasta el cuello.

Además, la atmósfera del apartamento olía a café.

—¿Niki?

Ella replicó algo desde la cocina. Poco después, apareció cargada con una bandeja, tazas y una cafetera humeante.

—No sé cuánto tiempo estuvo este café perdido en el armario de la cocina —dijo, dejándolo todo sobre la mesita ratona—. Espero que no sea demasiado malo.

El la miró, de nuevo fascinado. Niki llevaba una toalla de baño anudada sobre el pecho y que la cubría hasta los muslos. Aún había gotitas de agua en sus cabellos dorados.

Preparó las tazas. Mecánicamente, él puso azúcar en la suya y sorbió el ardiente brebaje casi abrasándose.

Niki rió. Parecía tan feliz que él se preguntó si habría ya olvidado el siniestro episodio de la noche anterior.

—Bueno, di algo, cariño —le desafió.

—No hay nada que decir. Me tienes fascinado... porque hasta hoy nunca había visto una mujer como tú.

—¿De veras estás fascinado, Tony?

—Por completo.

—Entonces no podrás negarme nada de lo que te pida.

—Prueba a ver.

—Allá va... ¿Quién, o qué eres, Tony?

—Oh, eso...

—Quiero saber cosas de ti. Una no se acuesta así como así con alguien que es sólo una sombra.

—Bueno, creo que tienes derecho a saberlo. Hasta hace unos días fui un agente especial de la CIA.

—¡Oh!

—Mucha gente hoy en día hubiera dicho algo más contundente que eso.

—Estoy sorprendida, eso es todo. ¿Qué pasó, te echaron a causa de esas campañas de prensa revelando los trapos sucios de esa agencia?

—Renuncié voluntariamente. Lo que publican los periódicos es sólo una pálida sombra de la verdad, pero yo conocía los secretos porque estaba dentro del juego, sumergido en basura hasta el cuello. De modo que ahora soy un obrero en paro.

—¿Y qué significa todo lo que está sucediendo en relación con tu trabajo para el gobierno?

—No lo sé, aunque empiezo a tener algunas ideas. Verás hace unos dos años, la agencia preparó un golpe de Estado contra un país cuyo gobierno había nacionalizado las industrias más poderosas. Naturalmente, esas explotaciones eran propiedad de compañías multinacionales, poderosos consorcios que exprimen hasta la última gota de jugo de los países donde clavan sus garras. Hube de intervenir en la conjura. Se trataba de colocar en el poder a un vacuo militar, vanidoso, sin escrúpulos, pero dócil a los mandatos de Washington. Así las compañías multinacionales volvieron a respirar tranquilas... y las gentes de ese país vieron frustrado su camino de desarrollo una vez más.

—Los periódicos han denunciado hechos semejantes y hasta ahora no parece que obtengan mucho éxito...

—Ni lo obtendrán jamás.

—¿Qué sucedió al final, hace dos años?

—Bueno, algunas cosas se torcieron escapando a nuestro control. En principio pensamos que no habría derramamiento de sangre... y la sangre corrió a mares. Entonces hubimos de movernos contra reloj para salvar algunas cabezas y evitar un escándalo a nivel internacional.

—También habrá que cargarlo a cuenta de la CIA...

—Allí intervinieron otros poderes, pequeña. No fueron solamente las multinacionales las que obligaron a Washington a moverse. Había poderosas razones políticas y de prestigio.

—Sigue, Tony.

—Bien, volviendo a lo que estábamos hablando, sacamos del país a ciertos ricos ciudadanos que querían ponerse a salvo hasta comprobar el rumbo que tomaban las cosas. Entre ellos, un hombre y una mujer, padre e hija. Se llamaban Acevedo...

Ella dio un respingo.

—¿Los que se quedaron con mi equipaje en aquel crucero?

—Exacto, nena. Y ese cambio no fue accidental a mi modo de ver. Deseaban sacar algo del buque, algo que no podían llevar por sí mismos. Se vieron obligados a actuar rápidamente y pensaron que tus maletas, de aspecto inocente y sencillas, no tendrían dificultades en la aduana. ¿Me equivoco en lo de las maletas?

—Eran baratas, desde luego.

—Claro, las maletas que llevaría una joven participante de un crucero.

—Ellos dijeron, cuando las devolvieron, que ni siquiera las habían abierto en la aduana y que por eso no se dieron cuenta del cambio.

—Claro... calcularon el riesgo hasta el límite de probabilidades.

—Pero ¿qué había en las maletas, Tony?

—No lo sé. Dinero quizá, o cheques de viaje ilegales... Debía tratarse de algo que no abultara mucho. Si era dinero, debían ocultar una cantidad para hacer frente a sus primeros gastos de instalación en este país.

—Entonces todo está claro...

—Nada está claro, Niki. Dos meses después de su llegada a Estados Unidos, padre e hija murieron en un accidente de coche. Se

despeñaron por un barranco. Hube de testificar en su identificación. Entonces se descubrió un documento firmado por ambos solicitando que a su muerte sus cuerpos fueran incinerados. La muchacha pedía algo más... que sus cenizas fueran aventadas sobre el mar a fin de que las olas las devolvieran a su tierra natal.

—Eso es emocionante...

—No lo sabes tú bien. Fueron incinerados según sus deseos. Y eso ante mis ojos. No obstante, he vuelto a verlos, y no eran alucinaciones.

—Quizá fueran parecidos. Pía pasado mucho tiempo.

—Tengo buena memoria. Y si alguna duda me quedaba cuando vi a la muchacha, se disipó por entero al encontrar al viejo Enrique Acevedo, apuñalado la otra noche. De él sí estoy absolutamente seguro.

—Lo de ese viejo no sé qué explicación racional podrás dar, pero en cuanto a la muchacha tal vez hubiera alguna hermana gemela.

El sacudió la cabeza con energía.

—Ella y su padre eran toda la familia que quedaba. Y nunca, los Acevedo, tuvieron otros hijos más que María.

—Bueno, lo que sí es seguro es que los muertos no resucitan, así que hay una equivocación en alguna parte.

—Yo vi los cuerpos en sus ataúdes. Sus caras no habían sufrido ninguna desfiguración en el accidente. No tenían heridas visibles, una vez ataviados por la funeraria. Eran ellos y ocupaban unos ataúdes que yo vi introducir en el rugiente horno crematorio. ¡Maldita sea, te digo que lo vi!

—Entonces, esas personas que viste hace unas noches eran simples impostores. Un buen maquillador puede realizar milagros si se lo propone.

—Nena, eso podría valer para la muchacha. Cuando la vi yo estaba bebido y no tuve tiempo de fijarme bien en ella. Pero en lo que respecta al viejo Enrique Acevedo, puedo jurar que no estaba maquillado en absoluto. Era él, y había muerto apenas una hora antes.

—Pero ¿no comprendes que eso es imposible?

—Claro, y ahí está lo que me vuelve loco. Tengo que aclarar este lío si quiero seguir con la cabeza sobre los hombros.

Tras un silencio, ella murmuró:

—¿Crees que intentan matarme también a mí, sólo por lo que pasó con el equipaje?

—Ya no me cabe duda. Es el único nexo de unión entre tú y ese padre e hija.

—Es monstruoso... asesinar a una persona sólo por eso.

—Y sin embargo, es una pequeña parte de una historia sin pies ni cabeza.

—Tony... si ese hombre, Acevedo, ha muerto, es su hija quien está enviando asesinos contra mí. Eso es aún más terrible si cabe.

No te precipites... Si es ella quien maneja a esos criminales, también habría que suponer que los envió contra su propio padre. ¡Condenación! Ya estoy hablando otra vez como si estuvieran vivos... y deben estarlo.

—Cálmate, Tony.

—Si pudiera localizar a María Acevedo... Pero eso es imposible mientras ella no dé otro paso. De momento nos queda Corning.

—¿Corning?

—El tipo a quien telefoneó el pistolero desde tu apartamento. ¿Lo has olvidado? Hice una lista con los individuos que se llaman así y constan en la guía telefónica. Investigué a nueve de ellos antes de regresar aquí. Me quedan tres.

Encendió dos cigarrillos y le ofreció uno a la muchacha. Al tomarlo, a ella se le aflojó la toalla que llevaba en torno al cuerpo y por poco no le cayó al suelo. Tony tuvo una fugaz visión de aquella escultura viviente y sus ideas se embrollaron.

—Ve a vestirte o perderemos el resto del día aquí encerrados —gruñó. Ella se echó a reír al alejarse hacia el dormitorio.

Antes de entrar en él le espetó:

—¿A qué llamas tú perder el día, Tony?

Él también fue a vestirse. Al hacerlo encontró el revólver de cañón corto que perteneciera al frustrado asesino fugitivo. Disgustado, lo arrojó a un estante y se guardó su propia pistola.

Niki se reunió con él en la terraza. Al contemplar el impresionante abismo que se abría hasta la calle, la muchacha no pudo contener un escalofrío al recordar al hombre que se había precipitado por él.

—¿Vas a dejarme sola otra vez, Tony? —musitó.

—No puedo hacer otra cosa. Pero esta vez no abras la puerta a

nadie, ¿entiendes? A nadie, digan lo que te digan. Ni que yo he muerto, ni que hay fuego en el edificio. No abras a nadie. Yo tengo la llave y cuando regrese traeré comida. Después de todo, si no abres esa puerta, éste es el lugar más seguro para ti aunque lo hayan descubierto.

—Está bien, querido. No me dejaré engañar otra vez. El la besó. Eso hizo que se retrasara mucho su salida.

CAPÍTULO X

El *Carolina* era un navío de hermoso porte, pintado de blanco y azul. Estaba equipado con los últimos adelantos electrónicos para la navegación, a juzgar por las complicadas antenas que desafiaban al viento marino en esa mañana de sol.

Tony estuvo observándolo unos minutos. Después, esperó a que el vigilante del muelle apareciera con su andar cansino.

—Bonito barco —comentó, señalando al *Carolina*.

El viejo se detuvo, alegrándose de tener a alguien con quien charlar unos minutos.

—Ya lo creo que sí —dijo—. De los mejores que atracan en el club.

—Hay gente afortunada. Disponer de ese palacio flotante... ¿Conoce usted al propietario?

—Claro. Es latinoamericano. Un caballero muy correcto.

—Pienso que habría de nacer dos veces y con mucha más suerte de la que tengo para poseer un cascarón como ése.

El viejo rió. Tony le ofreció un cigarrillo y encendieron ambos. El viejo comentó entre una nube de humo:

—Precisamente zarparán de un momento a otro. Ayer estuvieron cargándolo a tope.

Deben querer divertirse un poco después de tanto tiempo sin navegar...

—¿Lleva mucha tripulación?

—Qué va. Con el equipo de que dispone, cuatro hombres pueden manejarlo sin dificultad. Son las ventajas de la técnica, ¿sabe usted?

Carella fumó en silencio unos momentos. Después, como si sólo tratara de mantener prendido el diálogo, dijo:

—Si son tan poca gente a bordo no necesitarían cargar mucha

cosa, me parece.

—Ahí se equivoca. Trajeron un montón de cajas y algunas maletas. Seguro que se trata de un crucero largo esta vez. O quizá el señor Torrente lleve consigo invitados.

—O amiguitas —insinuó Tony—. Ya sabe... una bacanal en alta mar. El vigilante sacudió la cabeza.

—No le niego que hay gentes que lo hacen, pero no así el señor Torrente. Que yo sepa, sólo una vez embarcó una mujer, y se trataba de su sobrina Alma Hondero.

—Pues si yo estuviera en su lugar... El viejo se echó a reír.

—Y yo, amigo, y yo —dijo con su risa cascada—. Lo malo es que nosotros nos quedamos en tierra. Adiós, y gracias por el pitillo.

Se alejó y Carella aún permaneció allí unos instantes, pensativo.

Su mente giraba con precisión matemática ahora, recordando la conversación telefónica que oyera cuando alguien le confundió con Patrick Granvy en aquel ensangrentado apartamento.

De modo que el cargamento, fuera el que fuere, ya estaba a bordo. Y aquél era el barco que se hundiría mediante un falso accidente.

Se dirigió al fin hacia el coche. Alma Hondero. Ese nombre martilleaba una y otra vez en su mente. Era la sobrina del propietario del yate. Por lo menos, eso creía el vigilante de los muelles.

Alma Hondero.

Y Miguel Torrente Adduci. Tío y sobrina.

Quizá sí o quizá no.

Hundió el acelerador dirigiéndose al centro de la ciudad.

* * *

Sobre la puerta había un rótulo en letras de metal dorado:
OFICINA DE CONTRATACIONES.

Y en letras más pequeñas, el nombre del propietario:

W. Corning.

Empujó la puerta y la encontró cerrada.

Eran las diez de la mañana y todo el edificio comercial bullía de actividad. Menos aquel despacho.

Echó un vistazo a la oficina vecina. Correspondía a un abogado.

Empujó la puerta y entró, encontrándose en una reducida sala de espera y recepción en la que una muchacha tecleaba en una máquina de escribir.

La muchacha levantó la mirada y sonrió sin dejar de martillear las teclas.

—¿Desea ver al señor Dobson? —susurró esperanzada.

—No... Es referente a la oficina de ahí al lado. La del señor Corning. Está cerrada. La sonrisa se borró de la cara de la mecanógrafa.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? —espetó sin ninguna amabilidad.

—Quisiera saber si eso suele suceder con frecuencia. A estas horas, deberían estar trabajando.

—Nunca ha trabajado nadie ahí al lado —dijo la muchacha con acento despectivo—. Ese Corning resuelve sus asuntos él solo. Pero es raro que no esté en el despacho. Que yo sepa, no acostumbra a descuidar su negocio.

—¿Quién podría facilitarme su dirección particular? Necesito verle con urgencia.

—Tal vez el conserje.

—Gracias.

Ella se encogió de hombros.

Tony descendió al concurrido vestíbulo. Sus dotes persuasivas, más una pequeña ayuda monetaria, allanaron las dificultades iniciales del empleado.

Cuando salió a la calle conocía ya el domicilio de Walter Corning.

Ahora, Carella estaba casi seguro de haber dado con el individuo que buscaba. Aquella oficina tenía todo el aspecto de servir sólo de tapadera. Y justamente el propietario dejaba de acudir a ella cuando los dos pistoleros que estuvieron a las órdenes de un Corning había desaparecido. Si se trataba del jefe de Stanley y Perry, debía estar muy preocupado y asustado por la desaparición de los dos pistoleros.

De modo que cuando llamó a la casa dejó reposar la mano muy cerca de la pistola. El propio Walter Corning abrió la puerta, mirándole con el ceño fruncido.

—No necesito nada —barbotó—. Ni... aspiradoras, ni

cortacéspedes, ni máquinas de lavar. Nada.

—Quizá me necesite a mí.

—¿Para qué? Oiga, no me haga perder el tiempo.

—Estuve en su oficina, buscándole, Corning.

—¿Para qué?

—Bueno, usted regenta una «oficina de contrataciones». Yo quiero contratarme.

—¿Usted? Está chiflado. Las contrataciones de que me ocupo son hipotecas, transferencias de propiedades...

—Pero ahora se ha quedado sin ayudantes. Va a necesitar un tipo como yo, seguro.

—No comprendo una maldita palabra.

—Dos hombres. Uno se llamaba Perry. Fue el que habló con usted por teléfono. El otro respondía al nombre de Stanley. Bien, esos dos caballeros están muertos y nunca más nadie volverá a verlos.

Algo se descompuso en la cara amazotada de Corning. No obstante su voz continuó siendo desdeñosa cuando exclamó:

—Está hablándome en chino. Mire, lárguese y déjeme en paz.

—Bueno, entonces acudiré a la policía.

—Allá usted.

Carella simuló que estaba dispuesto a largarse. Fue entonces que Corning preguntó:

—¿Cómo se llama usted? No recuerdo que lo haya mencionado hasta ahora.

—Mi nombre es Tony Carella.

Esta vez el rostro grasiento de Corning fue incapaz de disimular el violento sobresalto que le asaltó al oír ese nombre.

Eso hizo que Carella obtuviera la seguridad de estar ante el hombre que había buscado.

Cuando consiguió serenarse, Corning dijo con voz chirriante:

—Sigo sin comprender nada de todo esto. Pero tal vez quiera entrar y explicarme de qué se trata, señor.

—Claro.

Se hizo a un lado dejándole paso libre.

El interior de la casa estaba desordenado y sucio. Olía a cerveza y a tabaco. Cuando Corning hubo cerrado la puerta, Carella dijo con voz tranquila:

—Está usted perdido, Corning. Sus hombres hablaron antes de morir.

—No pudieron hablarle de mí puesto que ignoro de qué se trata todo este lío. Tony sacudió la cabeza.

—No sea idiota, Corning. Usted envió dos asesinos a casa de Niki Francino para que la liquidaran. Yo estaba allí y eso fue una complicación para sus cerebros de mosquito, así que decidieron consultar con usted para saber qué habían de hacer conmigo. Usted les dijo que me dieran también el pasaporte. Debería arrancarle la cabeza sólo por eso.

Corning estaba tan pálido que su piel parecía gris. Carella aún añadió:

—Ahora dígame de qué me conocía a mí, Corning. Su esbirro dijo que usted casi se comió el teléfono cuando oyó mi nombre.

—Cree tener todos los triunfos, ¿no es cierto?

—Nada de creerlo. Los tengo en mi mano.

Corning reflexionaba a toda velocidad. No comprendía la actitud de Carella.

—¿Qué es lo que pretende de mí?

—Informes, para empezar.

—Suponiendo que yo... Digo «suponiendo», ¿entiende?, que yo pudiera decirle lo que desea, ¿qué saldría ganando a mi vez?

—Maldito si lo sé. Quizá conservar la cabeza sobre los hombros.

—No me parece un trato equitativo.

—No pretendo que lo sea.

Corning buscaba desesperadamente una salida. No ignoraba la clase de hombres que trabajaban en la CIA ni el poder que había tras ellos, a pesar de cuantas campañas de Prensa se desencadenarán contra la agencia.

—Mire, no pienso decir una maldita palabra, Carella. Puede llamar y que me detengan y si usted puede aportar una sola prueba contra mí estoy dispuesto a tirarme desde un rascacielos. Ande, telefonee...

Se interrumpió al ver la sardónica mueca de su visitante.

—Ahí es donde se equivoca, Corning. Yo ya no pertenezco a ningún organismo oficial. Estoy cesante, de modo que actúo por mi cuenta. Y eso equivale a decir que no hay ninguna traba legal que me impida hacerle pedazos para obtener lo que quiero.

—Pero yo...

—Usted creía que yo era un agente de la CIA.

—Alguien dijo que lo era.

—¿Quién?

—Ya no voy a decir una palabra más.

Sin previo aviso, Tony volteó la mano y le golpeó de revés. Sonó como un pistoletazo y Corning trastabilló a punto de caer.

Cuando recobró el equilibrio se encontró mirando el siniestro cañón de una pistola.

—Corning, yo no daría un centavo por su pellejo. Comprenda que estoy luchando por mi vida y la de una muchacha que significa mucho para mí. Eso hace que no haya nada en este mundo capaz de detenerme.

A Corning le ardía la cara, donde la huella del golpe estaba cobrando un vivo color rojizo. Pero aún le ardían más las entrañas de ira y frustración.

—Usted gana —claudicó—. Pero si cree que yo sé algo de lo que se cuece está loco. A mí me pagan por un trabajo, lo hago sin hacer preguntas y ahí termina todo.

—Alguien le pagó para matar a Niki Francino... ¿Quién?

—Un tipo del Sur.

—Eso no es decir nada.

—Se llama Torrente.

—Ya veo.

—Él fue quien dijo que usted pertenecía a la agencia. Estaba aquí, conmigo, cuando Perry telefoneó.

—Siga.

—No hay más. Ese Torrente me pagó por eliminar a la chica, esa Niki Francino. Yo ya había hecho algún otro trabajo para exiliados y gente así...

—¿Dónde está ahora?

—Se aloja en el hotel Comodore, a menos que haya partido. Dijo que pensaba salir de viaje.

Tony calibró velozmente lo que acababa de oír.

No se fiaba en absoluto de Corning, pero no tenía medio de saber si había mentido o no.

—¿Qué sabe usted de un cargamento embarcado en un yate?

—Nada.

—Pruebe otra vez.

—¡Maldito sea, no sé una palabra de eso! Escuche, yo no hago preguntas cuando me pagan. Sólo hago el trabajo. No quiero saber nunca nada del negocio que se ventila, y de este modo no tengo líos con mis clientes.

—Eso podría ser cierto...

—Es la verdad desnuda.

—Ahora hábleme de Granvy. Corning frunció el ceño.

—¿Granvy? Los periódicos dijeron que lo habían despachado... a él y a un viejo. Bueno, no fue cosa mía, palabra.

—Pero tal vez trabajaba para usted...

—¿Quién, Granvy? Era un lobo solitario. Todos le conocíamos y yo no lo hubiera utilizado ni dándome dinero encima. Uno no podía fiarse de él.

—Es usted un consecuente hombre de negocios, Corning.

—Hago un trabajo por el que me pagan. Si no lo hiciera yo lo haría otro, así que he de conocer a fondo a los tipos que empleo.

—Claro.

—¿Qué va a hacer ahora? No puede detenerme, Carella. Jamás podría probar nada contra mí. Y ante una autoridad cualquiera yo no reconocería una sola palabra de cuanto acabo de decirle.

—Eso es todo un problema.

—«Su» problema.

—Podría pegarle un tiro y sería una manera rápida de acabar. Corning se estremeció.

—No creo que lo haga.

—No. Y los dos tipos que podrían haber declarado contra usted están muertos... Sin embargo es usted un puerco matarife a sueldo aunque no empuñe nunca la pistola. Ya pensaré la manera de darle su merecido.

—Tómese tiempo, Carella...

Corning rió entre dientes. Ahora recobraba la seguridad y apenas podía disimular el alivio que experimentaba.

—De cualquier modo que vayan las cosas, Corning, tengo el presentimiento de que vivirá usted muy poco.

Inesperadamente, levantó la pistola y utilizándola como una maza golpeó a Corning en medio de la frente. Cayó igual que una res apuntillada.

Disgustado, Carella se dirigió a la puerta y abandonó la casa. Le hubiera gustado colgar al forajido sin más trámite.

Pero había otras cosas que hacer, y para entonces comenzaba a tener una firme idea de cuánto estaba ocurriendo.

El único misterio irresoluble, era la resurrección de los Acevedo, padre e hija, y eso exigía una investigación aparte.

CAPÍTULO XI

Había un sencillo rótulo sobre el césped que se extendía delante de la entrada. El rótulo anunciaba:

FUNERARIA CARRILES

Era como tantas otras extendidas a lo largo y ancho del país. Una casa ni sencilla ni lujosa, discreta. En ella había unas oficinas, una sala de exposiciones y una pequeña capilla sin símbolos de ninguna clase.

Detrás estaba el taller y la sala de embalsamar. Y junto a ella el horno crematorio.

Carella empujó la puerta y penetró en una estancia que ya conocía. Había estado en ella dos años atrás.

Una muchacha que fingía estar muy atareada detrás de una máquina de escribir le sonrió alentadoramente.

Él dijo:

—Quiero hablar con el señor Carriles.

—Si se trata de un servicio, yo puedo atenderle perfectamente...

—No vengo a encargar un servicio fúnebre, linda. Se trata de otro negocio.

—Bien...

—Dígale que me llamo Carella. No creo que recuerde mi nombre, pero dígame que ya nos conocemos.

La muchacha desapareció más allá de unos pesados cortinajes. Cuando regresó le señaló una puerta que había a su derecha.

—Entre ahí, señor Carella. Le recibirá en un minuto.

—Gracias.

Penetró en el despacho del propietario de la funeraria. En las

paredes había fotografías de distintos ataúdes, lápidas y cruces y algún que otro lujoso panteón. La publicidad no respeta ni la muerte.

Cuando el dueño del negocio entró, Carella advirtió que apenas había cambiado en esos dos años transcurridos. Seguía teniendo la misma cara afilada, los mismos ojillos astutos y codiciosos y una piel blanca y enfermiza casi transparente.

—¿Se acuerda de mí, Carriles?

—Cómo no, señor Carella. Siéntese, por favor.

Él se acomodó detrás de la mesa. La sombría mirada del visitante fija en él comenzó a ponerlo nervioso.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó al fin.

—Aclararme un extraño misterio.

—No le comprendo.

—La resurrección.

Carriles hizo una mueca de alarma.

—¿Se encuentra usted bien? —barbotó—. Tal vez ha bebido más de la cuenta a pesar de lo temprano de la hora...

—Yo he visto resucitados, Carriles. Lo crea usted o no, eran gentes que habían muerto hace años. Sin embargo los vi vivos. Y yo no creo en fantasmas. Ni en aparecidos de otro mundo, así que dígame cómo pueden resucitar un hombre y una mujer que usted metió en su horno crematorio hace ahora un par de años.

El otro sacudió la cabeza, alarmado.

—No pueden —dijo—. Se convierten en cenizas.

—Lo que hace aún más difícil que reaparezcan. ¿Dónde está el truco, Carriles?

—Lamento tener que decírselo, pero opino que está usted completamente loco. ¿Qué es exactamente lo que quiere decirme? Y le recuerdo que tengo mucho trabajo.

—Oh, sí, la muerte no descansa nunca. Estoy diciéndole que yo asistí a la cremación de dos cadáveres aquí, en su funeraria. Usted se ocupa de los servicios fúnebres de la mayoría de latinoamericanos que mueren en la ciudad y sus alrededores y se ocupó de esos dos cadáveres. En vida se llamaban Acevedo. Enrique Acevedo y María Acevedo. Padre e hija. ¿Los recuerda también?

—Ciertamente.

—¿Por qué conserva tan fresco su recuerdo?

El otro suspiró pacientemente. Daba la sensación de que estaba hablando con alguien de mente enferma.

—Mire, no es frecuente que los sudamericanos deseen ser incinerados a su muerte. Sea por su religión, por sus creencias o por lo que sea, desean ser enterrados como ha venido haciéndose a lo largo de los siglos. Puedo asegurarle que desde que estoy establecido no habré incinerado más allá de quince o veinte latinoamericanos. Por eso puedo acordarme de casi todos ellos.

—Ya veo.

—En cambio, sus compatriotas piensan de otra forma.

—Bueno, sigo esperando que me aclare el misterio. Yo vi a los Acevedo, vivos, hace sólo un par de días.

—Imposible. Debió confundirlos con alguien parecido.

—No, Carriles. Eran los supuestos cadáveres incinerados. Le repito que yo no creo en fantasmas, así que el origen de las apariciones tiene que estar aquí, puesto que aquí está el horno crematorio al que ambos fueron introducidos.

—Creo que llamaré a la policía, señor Carella. No me gusta su actitud.

—Hágalo.

La delgada mano de Carriles cayó sobre el auricular. Estuvo allí quieta unos instantes y luego lo descolgó.

Comenzó a marcar un número. Carella dijo:

—El cadáver del hombre llamado Enrique Acevedo está ahora en poder de la policía. Le degollaron hace dos días, pero sus huellas dactilares existen. Y su fotografía... Cuénteles a los policías, cuando hable con ellos, cómo es posible que tengan entre manos el cadáver de un hombre que usted se supone que incineró hace dos años.

El hombre dejó de discar y al fin colgó el teléfono.

—No puedo creerlo —balbuceó.

—El cadáver del viejo está en la Morgue en espera de ser identificado.

Carriles se echó atrás en el asiento. De pronto parecía más tranquilo, como si acabara de quitarse un peso de encima.

—Creo que ya no tiene objeto seguir negando —murmuró.

—Ninguno.

—Venga, se lo mostraré y ahorraremos tiempo y palabras. ¿Qué hará usted después, denunciarme? No cometí ningún crimen... Por

el contrario, salvé unas vidas amenazadas...

—Primero veamos el truco.

—Sígame.

Atravesaron el edificio sin volver a pasar por la sala donde la secretaria trabajaba.

El horno crematorio no tenía nada de siniestro. Visto desde fuera, era una simple pared refractaria y una portezuela de metal por la que eran introducidos los ataúdes. Había unos caballetes sobre los que se colocaban mientras los testigos y deudos que deseaban asistir a la ceremonia esperaban, rodeándolos.

—Usted vio entrar los ataúdes por esta puertecilla, ¿recuerda, señor? —dijo Carriles, abriéndola.

El interior del horno estaba oscuro. Sólo un leve resplandor allí donde la llama piloto seguía encendida. Frente a la puerta se iniciaba una sucesión de rodillos sobre los que el ataúd era empujado hasta el centro del rugiente fuego que lo convertía en cenizas.

—¿Ve usted? —Siguió Carriles—. El ataúd se desliza por los rodillos automáticos hasta el centro. Allí se detiene...

—¿Y qué? Sigo sin entenderlo.

—Fíjese en el otro extremo del homo... Hay otra poterna, ¿la ve? Está cerrada, pero se distingue bien.

—Ciertamente.

—Es mayor que ésta y sirve para la limpieza de residuos y quemadores. Los rodillos terminan justamente delante de ella.

—¿Quiere decir que si usted quiere, el ataúd, una vez introducido, sigue deslizándose por los rodillos hasta la otra puerta y es sacado por ella intacto?

—Así es.

—Está mintiendo, Carriles. Cuando usted introdujo los ataúdes de los Acevedo, uno después del otro, el horno estaba al rojo vivo. Vi las llamas que rugían ahí dentro. Por rápido que el ataúd hubiera corrido sobre los rodillos, al llegar al otro lado habría estado ardiendo como una tea.

—Venga conmigo. Le haré una demostración.

El cerúleo individuo apretó uno de los botones de un tablero de control. Al instante, del interior del horno brotó el rugido de las llamas al prender los quemadores. Por la portezuela abierta, Tony

vio crecer el fuego hasta convertirse en un infierno.

El sepulturero cerró la portezuela. Carella le siguió hasta una sala vecina donde había varios ataúdes expuestos, desde modelos sencillos y sin pretensiones, hasta lujosos túmulos que costaban una fortuna.

Carriles se dirigió a uno de ellos y lo abrió.

—Échele un vistazo —dijo, orgulloso de sí mismo.

—No veo que tenga nada extraordinario.

—Aparentemente, no. Pero entre la madera y el tapizado hay una gruesa protección de porcelana refractaria. Luego, ésta queda protegida por otra fuerte capa de amianto. Una vez cerrado el ataúd, y metido en el horno, se necesitarían horas para que el fuego dañara siquiera el cuerpo encerrado en él.

—Ya veo... y sacándolo por el otro extremo de la pista de rodillos, el ataúd apenas está unos segundos en contacto con el fuego.

—Aproximadamente, quince segundos. La madera exterior arde, por supuesto, pero eso es todo.

—Muy ingenioso, Carriles.

—Incluso así, el sujeto encerrado dentro no soportaría la experiencia a causa del terror al fuego. Por eso los Acevedo, y los demás que han pasado por esa experiencia, estaban en estado cataléptico en los ataúdes. Aparentemente muertos. Sólo aparentemente.

—Ahora, dígame por qué se sometieron a esta experiencia y habremos terminado.

—Querían desaparecer. Hay mucha gente importante en nuestros martirizados países que a cada golpe de estado deben huir. Si lo hacen con las manos vacías no ocurre nada. Nadie vuelve a preocuparse de ellos. Pero si, como los Acevedo, son gentes acaudaladas y consiguen colocar en otro lugar su fortuna, las cosas cambian. Los Acevedo colocaron más de dos toneladas de oro y joyas en este país. Fue una ironía, porque ustedes les ayudaron a escapar. Sabían que les habrían cazado de un modo o de otro, para obligarles a devolver esa fortuna. Muriendo, ya nadie se preocuparía de ellos. Para todo el mundo, murieron.

—Ya veo...

—Ahora que lo sabe, ¿qué piensa usted hacer?

—Imagino que no se arriesga usted en esta clase de aventura sólo por espíritu altruista, Carriles...

—Por supuesto que no.

—Entonces me ocuparé de que su negocio termine. Por regla general, los que huyen de los países latinoamericanos llevándose enormes fortunas, son los que han expoliado sin piedad a sus propios compatriotas, generalmente, por medio del terror y la violencia. Y usted está ayudándoles a que gocen de esas inmensas fortunas.

—Eso es lo mismo que está haciendo el gobierno de Washington —rió el sepulturero—. Él lo hace para proteger a las grandes compañías multinacionales, o a sus intereses estratégicos. Yo lo hago en mi propio beneficio.

—No puedo hundir al gobierno de este país, Carriles, pero sí le puedo hundir a usted.

—Tampoco, Carella. Tampoco podrá hundirme a mí.

El sepulturero levantó la mano derecha y en ella tenía una pistola que apuntaba sin temblar al estómago de Carella.

—Me tomó por más tonto de lo que soy, Carella —comentó el hombre con voz tranquila—. ¿De veras creyó que yo le diría toda la verdad sobre mi negocio, dejándole vivir después?

—De cualquier modo, no tiene usted escapatoria, y si fuera medianamente inteligente guardaría esa pistola y aceptaría lo que se ha ganado a pulso.

—Lo que he ganado... Importa más lo que voy a ganar, Carella. Dos toneladas de oro y joyas exactamente.

Carella dio un respingo. Eso resultaba una auténtica sorpresa.

—De modo que ésa era la gran idea —gruñó entre dientes.

—Y sigue siéndolo.

—Carriles, ha mordido usted un hueso demasiado duro para sus dientes. Ahora comprendo muchas cosas y...

—No le va a servir de mucho. Métase en ese ataúd.

—¿Qué?

—Entre en el ataúd. Asistirá usted a su propio funeral. Puedo meterle una bala y matarle, pero entonces tendría que manejar su cuerpo yo solo y es usted demasiado pesado. ¡Métase dentro!

Carella miró el sencillo ataúd que le señalaban. Era de los más baratos.

—Pudo destinarme uno de esos lujosos, Carriles.

—¿Para qué? Arderá de igual modo uno que otro. Y no crea ni por un momento que podrá sorprenderme. No soy fuerte, pero esta pistola equilibra las fuerzas. ¿No cree?

—De modo que piensa incinerarme...

—Y sin ataúd protegido. ¿Para qué cree que encendí el horno antes de venir a esta sala?

—Debí suponerlo.

—¡Adentro o disparo! Ya encontraré la manera de manejarlo después si he de matarle.

—Habla usted de matar con mucha naturalidad. No es lo mismo manejar cadáveres que fabricarlos.

—También en eso tengo experiencia. Ya maté a dos hombres, así que puedo volver a matar.

—¿Dos hombres? ¡Cristo! Fue usted... Mató a Granvy y al viejo Acevedo...

—Le aseguro que no pude hacer otra cosa. Teníamos al viejo para presionar a su hija y descubrir así el paradero del tesoro. Granvy creyó que podría hacer el negocio él solo y trató de dejarme de lado. Bueno, no lo consiguió. Y para entonces el viejo ya era sólo un estorbo... ya sabía dónde echarle mano al cargamento.

—En el yate.

—También sabe eso... Es usted muy listo, Carella, pero será muy tonto si cree que vacilaré en matarle. ¡Entre en el ataúd!

—Está bien, no se ponga nervioso.

Se deslizó dentro de la caja funeraria, siempre vigilado por los ojos implacables del enterrador y su pistola. Supo que si intentaba la menor resistencia el otro dispararía sin titubear.

De modo que se tendió en el ataúd con todos los nervios tensos como cables. Oyó la risita de Carriles mientras éste rodeaba el ataúd.

—No mueva ni un dedo, Carella. No intente nada...

De pronto la tapa cayó encima de él. Encerrado en el ataúd, Carella se encontró sumido en la oscuridad. El espantoso fin que le aguardaba apenas alteró sus facultades. Se retorció para sacar su propia pistola y al sacarla corrió el seguro.

Oyó cómo Carriles atornillaba un lado de la tapa. Oyó perfectamente su respiración agitada y pensó que el esquelético

individuo gozaba incluso con la perspectiva de meterle vivo en el horno crematorio.

Calculó la posición del hombre por el ruido. Entonces apretó el gatillo una y otra vez. Los estampidos, dentro de su reducido habitáculo, le ensordecieron dolorosamente.

Vio abrirse los orificios en la madera y escuchó el alarido del asesino al otro lado, y después el golpe que dio al caer.

Se impulsó hacia arriba. La tana saltó astillándose allí donde ya dos tornillos la habían fijado.

Vio a Carriles derribado junto a uno de los lujosos túmulos de maderas finas. Estaba caído de bruces, retorcido sobre sí mismo y por debajo del cuerpo empezaba a deslizarse la sangre.

Saltó al suelo y fue a inclinarse sobre él.

Aún alentaba, pero tenía dos feos agujeros en el pecho y estaba acabándose.

—Se la ganó, enterrador —dijo rechinando los dientes.

Carriles le miró por entre el sucio velo que se espesaba ante sus ojos. Balbuceó algo ininteligible. Tony aún quiso saber:

—¿Quién es su cómplice, Carriles, el patrón del yate?

—Sí...

—¿No será Miguel Torrente?

—No... él... él...

Se estremeció y un hilillo de sangre surgió de sus labios abiertos. Había muerto.

Tony se irguió echando chispas. Contempló el ataúd en el que había estado a punto de emprender el gran viaje y sintió tentaciones de meter al enterrador en su propio horno.

Luego, se dirigió a la salida del taller y se alejó.

Tenía todo lo que necesitaba para acabar con la pesadilla...

CAPÍTULO XII

Miguel Torrente Adduci miró a los tres hombres con ojos en los que fulguraba la cólera. Desde una butaca, la hermosa muchacha dijo:

—Sigue usted con sus desvaríos, señor. Carella enseñó los dientes en una mueca.

—Mis desvaríos nunca fueron cosa grave. Yo la vi a usted y supe quién era... María Acevedo. Por supuesto, usted no podía admitirlo. Estos caballeros han creído mi historia y están aquí para solucionar todo el asunto definitivamente. Son inspectores del Gobierno, ¿saben?

—No me importa quiénes sean, puesto que este yate me pertenece, tengo la documentación en regla y además poseo influyentes amistades entre los políticos de este país. Mi sobrina y yo sólo pretendemos gozar de un crucero de placer que...

—No siga. Si María Acevedo es su sobrina yo soy la reina de Java. Tal vez su amante. Y lo que ustedes pensaban realizar era el traslado de dos toneladas de oro y joyas que están a bordo. Pero hay algo que usted no sabe, Torrente. Alguien más pretendía echarle mano al cargamento. Este yate hubiera sido hundido poco después de zarpar. Unos cuantos muertos y asunto resuelto. Dentro de unos días, un par de hombres-rana sacarían las cajas y el negocio hubiera sido redondo para el enterrador y su propio patrón... al que hemos echado el guante.

Torrente y la muchacha cambiaron una mirada estupefacta.

—¿Está diciéndome que Ken Dobson se proponía hundir el yate?

—Si Dobson es el capitán, así es. Un agente le mantiene en el camarote, interrogándole. Debe haber alguna carga explosiva en la sala de motores y es preciso desactivarla. En cuanto al cargamento, espero que el gobierno sepa qué hacer con él... aunque mucho me

temo que no volverá a manos de sus legítimos propietarios.

—¡Los propietarios éramos mi padre y yo! —rugió la muchacha. Al fin se quitaba la careta.

Tony sonrió.

—¿De veras? Me gustaría mucho conocer los medios de que se valieron para acumular dos toneladas de oro y joyas, en un país sumido en la miseria y el subdesarrollo... Pero eso es otro asunto que ya no me concierne. Son suyos, caballeros.

Los dos hombres del Gobierno se movieron con precisión matemática. Cerraron sólidas esposas en las muñecas del hombre y de la mujer antes que éstos atinaran a reaccionar.

—Antes de irme —dijo Carella—, debo decirles una cosa más... Se hubieran salido con la suya de no haber intentado matar a Niki Francino. Yo no habría descubierto a tiempo nada de lo que planeaban y hubieran podido hallarse a mil millas de aquí antes de correr el menor riesgo. Pero enviar asesinos a sueldo por medio de Corning fue un detonante... porque estuvieron a punto de liquidarme también a mí.

María dio un respingo.

—¡Yo no hice nada de eso! —estalló.

—Tal vez no... pero lo hizo su «tío». Pagó a Corning, supongo que por la sencilla razón de eliminar al único testigo del cambio de maletas a su llegada... Cosa perfectamente inútil, porque la pobre Niki jamás hubiera relacionado una cosa con la otra.

—¿Tú hiciste eso, estúpido? —exclamó la muchacha encarándose con Torrente.

Tony se dirigió a la puerta de la cámara. El yate se mecía suavemente sobre el quieto mar bañado de sol.

Se detuvo sobre cubierta. Un hombre sudoroso apareció por una escotilla.

—Lo encontramos —dijo, secándose la frente con un pañuelo—. Había una bomba de tiempo en la sala de máquinas.

—Dígaselo a sus jefes. Yo he terminado aquí.

Descendió al muelle. El viejo guardián le miró arrugando el ceño, porque él era el primer sorprendido ante el despliegue de coches policíacos y de agentes que controlaban la zona.

Tony condujo su coche rumbo al apartamento. Ahora podría pensar en paz en la mejor manera de reanudar su vida al margen de

la intriga y de la violencia. Una vida de paz, sosiego y rutina.

Pensó que no estaba muy seguro de que la cosa le gustara tanto como hubiera cabido esperar.

Bien, quizá Niki le ayudase a la readaptación.

Decidió preguntárselo en cuanto llegara al apartamento. Sólo que no lo hizo.

Niki estaba tendida en la terraza, desnuda, dejándose acariciar por el sol y el aire en aquellas alturas donde ninguna mirada indiscreta podía importunarla.

De modo que al entrar él, la muchacha se levantó para recibirle y la visión de tan increíble belleza barrió cualquier pensamiento que él hubiera podido albergar.

Luego, cuando la estrechó entre sus brazos, los pensamientos que acudieron a su mente no tenían nada que ver con la tranquilidad ni la paz. Eran mucho más rotundos e inmediatos.

Y exigían ponerlos en práctica al instante... cosa que le llevó una eternidad de tiempo.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.